Toé Padilla

DR. SANTOS QUIROS NAVINO

BAN-JOSE - COSTA RICA

A.-C.

AMERICA Î LIBERTADA

203347

SAN JOSE, COSTA RICA 1927 IMPRENTA TREJOS HNOS.

MOISES VINCENZI

La característica de Moisés Vincenzi está en la osadía. Dice las cosas más raras, escribe las cosas más inquietantes, hace lo que a otros nos parece imposible.

Al principio creen muchos que todo es pose, que se trata de algo teatral, calculado y medido para producir efectos escénicos. Pareciera que es un tirador hábil, que conoce los secretos de la balística y lanza el proyectil después que ha calculado todos los alcances de la parábola.

Pero yo lo he visto crecer y puedo asegurar que es cosa de temperamento. Algo innato en este hombre y que forma la base de su literatura y de su vida: una osadía temeraria.

En el Liceo de Costa Rica fué un estudiante imposible y, al abandonar sus aulas, dijo al director:

-- Hasta luego, me echan por inútil y yo volvere, a semarme al Consejo de Profesores. Y lo cumplió.

En la Escuela Normal nos dió las más crueles inquietudes.

Fué para unos un obstáculo, para otros un censor, para algunos una calamidad, para todos una persona salida del tiesto de las normalidades.

Tuvo que espantarse y se hizo cabo en un piquete de soldados que entraba a Sarapiqui. Atravesó a pie la selva y allá escribió sus «Primeros Ensayos» de filosofía.

Nadie los entendió; era una serie de inquietudes desordenadas, de ideas esbozadas y confusas, pero todos vimos en ellas un brote de osadía, un pensamiento independiente.

De alli empezó a construirse, pero en el armazón de su edificio siempre ha estado viva esa característica.

En sus libros y en su vida.

Le mandaron a Cuba de Cónsul y dijo cosas increíbles que le malquistaron la voluntad de todos, y tuvo que tomar el barco siguiente.

Se fué a México, colado entre un grupo de bequistas y, sin representaciones sociales, roto y desvalido, se sentó a la mesa de Henríquez Ureña y discutió con Vasconcelos.

Parecía entonces cerca del triunfo, pero le tiraron del corazón los hijos, la compañera, la ermita de su pueblo, y se retrajo al rincón. A padecer desprecio, a empolvarse de tedio.

Ahora mismo, cuando todos ven Meca en los Estados Unidos, él vuelve los ojos a España, al romance, al ensueño, al solar de héroes o bandidos, que andan al través de los siglos buscando las aspas del molino. Porque él va a esa España; la otra, la de las fundiciones de Baracaldo o los talleres de Sabadell, no la sospecha siquiera.

En el fondo es un muchacho valiente, que no va con el rebaño, ni pone los pies en el sendero de todos. Que se va por vereda propia, sin importarle que le llamen loco o cuerdo.

Nadie ha sido más discutido entre nuestra juventud de letras. Nadie ha sufrido tánto las burlas de unos, los desdenes de otros, las torpezas de los más.

Y él va, va, va, como el mancebo de Longfellow, cada vez más arriba. ¿Para dónde? Nadie lo sabe. Ni él mismo

Nadie los entendió; era una serie de inquietudes desordenadas, de ideas esbozadas y confusas, pero todos vimos en ellas un brote de osadía, un pensamiento independiente.

De alli empezó a construirse, pero en el armazón de su edificio siempre ha estado viva esa característica.

En sus libros y en su vida.

Le mandaron a Cuba de Cónsul y dijo cosas increíbles que le malquistaron la voluntad de todos, y tuvo que tomar el barco siguiente.

Se fué a México, colado entre un grupo de bequistas y, sin representaciones sociales, roto y desvalido, se sentó a la mesa de Henríquez Ureña y discutió con Vasconcelos.

Parecía entonces cerca del triunfo, pero le tiraron del corazón los hijos, la compañera, la ermita de su pueblo, y se retrajo al rincón. A padecer desprecio, a empolvarse de tedio.

Ahora mismo, cuando todos ven Meca en los Estados Unidos, él vuelve los ojos a España, al romance, al ensueño, al solar de héroes o bandidos, que andan al través de los siglos buscando las aspas del molino. Porque él va a esa España; la otra, la de las fundiciones de Baracaldo o los talleres de Sabadell, no la sospecha siquiera.

En el fondo es un muchacho valiente, que no va con el rebaño, ni pone los pies en el sendero de todos. Que se va por vereda propia, sin importarle que le llamen loco o cuerdo.

Nadie ha sido más discutido entre nuestra juventud de letras. Nadie ha sufrido tánto las burlas de unos, los desdenes de otros, las terpezas de los más.

Y él va, va, va, como el mancebo de Longfellow, cada vez más arriba. ¿Para dónde? Nadie lo sabe. Ni él mismo

quizá. Para donde le llevan sus pies, acostumbrados al peñasco árido y crudo. Eso si, sin miedo a estar solo, a ser blanco de opiniones diametralmente encontradas.

Es un genio para unos, un necio para otros, un pedante para muchos, un charlatán para algunos. Le llaman unos pensador, otros filósofo, otros le juzgan un pobre diablo.

Lo único que sabemos es que es él, que no se parece más que a él y que, de un modo ú otro, este Moisés Vincenzi, es una juventud que cautiva por la osadia con que manifiesta su pensamiento y su inquietud.

LUIS DOBLES SEGREDA

Nota: No seriamos justos con la intelectualidad de Costa Rica si no dijéramos que ella acepta, con entusiasmo, la obra de Vincenzi. Los adversarios a que alude el Sr. Ministro de Educación Pública, el atildado costumbrista don Luis Dobles Segreda, de esa vida y de esa obra, no están, ni con mucho, en la élite de nuestra intelectualidad. En las mismas masas Vincenzi ejerce atracción por la pureza excepcional de su vida, por la valentiá de sus actos. Como demostración de lo primero, recuérdese la velada que dedicaron, en el Teatro Nacional, a beneficio de su viaje a España, un grupo de Diplomáticos y otro selectísimo de intelectuales costarricenses. El siguiente comité preparó la fiesta: Napoleón Quesada, Justo A. Facio, Alejandro Alvarada Quirós, Carlos María Jiménez, Atilio Daniel Barilari, Antonio Medis Bolio, José Carner, Bernardo Reyes, Ana Rosa Chacón, Tomás Povedano, Rogelio Sotela, Joaquín Vargas Coto, Ramiro Aguilar, Luis Ibarra, Jose Albertazzi y Pio Tamayo.

Los costarricenses no olvidamos que Vincenzi atacó en La Antorcha de José Vasconcelos, al Ministro de Educación de aquel entonces, don Napoleón Quesada, el Profesor que encabezó el Comité. Dos cosas revela este hecho: la amplitud de miras de don Napoleón y el cariño que merece la obra de Vincenzi. Y tampoco olvidamos sus amigos que lo mismo ha ocurrido con el actual Ministro, el prologuista de la obra. Días antes de escribir el prólogo tuvo un atracón con el joven filósofo. El Sr. Dobles Segreda, corazón generoso de escritor, abrazó a Vincenzi y dió muestras de su preparación cultural anunciándole que lo enviaría a España. Estas cosas ocurren frecuentemente en la Atenas americana.

JOSÉ FRANCISCO VILLALOBOS

EN EL SIGLO XXXX

.....

Los hombres, como las montanas-ha dicho Maeterlinck-sólo se unen por la parte más baja: la individualidad se eleva solitaria a los cielos.

N esa nochebuena adornamos la sala de mi casa campestre con musgos y parásitas. Trajimos de la capital, además, trece racimos enteros de uva moscatel y los colgamos de un cáñamo templado como una cuerda de bandolina, cayendo en semicirculo sobre una especie de gruta improvisada que había de servir para que se sentara el Mago de los cuentos. Sobre el techo abierto irregularmente, sostenido en los repliegues de una tela que fingía diminutas colinas nevadas de serrín blanco, resplandecían los papelillos de estaño de color frambuesa y de color ámbar y de color plata, que envolvian golosinas de cacao, como estrellitas de diversas magnitudes, bajo la luz de la lámpara. Ofelita, mi hija mayor, había sido, prácticamente, la directora de los trabajos, con todo y la corta distancia de sus nueve años; y, por lo mismo, vigiló que los racimos se mantuvieran enteros, frente a las garritas audaces de Ana Rosa, para cuyos dedos todo es querer y hacer a un mismo tiempo. Frustrados, en parte, los celos detectivescos de Ofelia, tuvo ésta que acceder a los deseos gastronómicos de Dante Benedeto Atilio, el niño precoz de los siete años que, después de sentir un temblor y de estar oyendo las bombas de las fiestas religiosas durante todo el año, con los nervios de punta como alfileres, y de haber oído hablar del ciclón de las Antillas, manifestó, de un modo enfático, que no sabía para que había nacido... ¡Lástima que esa pregunta, que avergonzó a su padre, no se hubiera hecho en esa nochebuena de gloria! Habríale contestado: hijo mío, naciste para comer bombones y uvas moscateles. Y habria insistido: ¿no recuerdas que hace dos años dijiste que no le tenías miedo a los terremotos porque estabas con papá? ¡Cómo me habría vengado entonces de tí, filosofillo de siete años! Mas, continuemos con la directora de los trabajos, que ya tenía el pelo todo lleno de serrín y de musgo. La chiquilla se vió obligada a alzar a Vera. María, la hijita menor, que se presenta al público con dos años y medio; tuvo que alzarla para que se prendiera con sus manecitas de los racimos colgantes, a espaldas de papá. Viéndose aislada Ofelia, púsose a cooperar en la obra destructora, que ya se había enderezado como un ciclón sobre los bombones de plata y de ámbar y de frambuesa; los sustituyeron, después, por los papelillos vacíos, pero aplanchados como espejos por la directora de los trabajos de reconstrucción. Sin embargo, todo estaba oloroso y brillante. Y las uvas parecían farolillos de luz tinta, apretados en fragantes racimos. Así estaban las almas: plenas de amor, de alegría y de serrin y de musgo fresco, como las montañas de los Andes en que habían crecido los adornos de mi gruta encantada.

LEGÓ, por fin, la noche de los cuentos. Yo me había ajustado a la cara unas barbas de color crema; en la cabeza, un gorro de seda roja, bordada de finas estrellas de plata, con las orillas pobladas de caprichoso abalorio de cristal y de porcelana; y, en las cejas, unos belloncillos de algodón, que llenaron de misterio a mis ojos... Mi mujercita estaba llena de alegría infantil. Me acomodó en la gruta, envuelta ya en un olor intenso de cohombros y membrillos maduros, y dispuso con elegancia el orden de lasbutacas que había de ocupar la chiquillería de la casa-Afuera gritaba Ana Rosa, desesperada por entrar: Atilio no sabía desprenderse de las hendijas iluminadas de la puerta: Ofelia ponía orden, metiendo en el público más bulla que todos juntos. Héctor Meoño Vincenzi había llegado de la capital en el último camión y, más que en los cuentos, pensaba seguroen la letra que su tío había de girarle al día siguiente de su arribo al campo. Don Ricardo Rojas Vincenzi, joven periodista que va sabe ponerle musicalidad a algunas de las páginas sabatinas que cincela, también se había incorporado en el ejército de los golosos. ¡Era para casi todos, la noche de las risas! Pero en el fondo había sus paréntesis de tristeza...

Se abrió la puerta y se acomodaron todos con más trabajo que en una noche de estreno o de beneficio en el Teatro Nacional: mi esposa, a los pies del Mago, 6 M. Vincenzi

con los polluelos en torno suyo; mi hermana Clementina, con su nidada; Ricardo y Héctor, en sitiales de honor, demasiado cerca de los membrillos, a los cuales el primero les tiraba unas miradas que bien pudo sentirse su novia celosa al contemplarlas; pero se había enterado Ricardo de que el Mago lo veía con unos ojos un tanto más que expresivos... Dora Pacheco, dulce y buena como un melocotón, sentóse con Arabela, la hermanita menor. Pero faltaba Ercilia, la tía que guarda en su corazón de sándalo la herencia de todos los lutos de la familia; y, entre las risas, estalló en un llanto que pudo reflejarse entero en las lágrimas que le arrancaron al Mago de los cuentos. ¡Lloraba por Evaristo, por mi hermano, despedazado tres años antes en una tragedia! Mi mujercita me limpió los ojos, estremecida como una copa que yo tuviese en esos momentos en mis manos nerviosas. Mas la risa se impuso por mayoría de votos; y se oyó, al instante, la Danza de las horas, que había de iniciar armoniosamente el relato maravilloso del Mago de los cuentos...

BRA la época de la Primaveral Las mariposas cubríanlo todo en un revoloteo incansable: los techos de las casas, los jardines, los sembrados del campo, los caminillos solitarios de la llanura, los bosques, las rocas agrestes y las cumbres de las montañas. Dijérase que todas las hojas y las flores habían echado alas y se habían ido volando por los espacios; o que alguna diosa enojada había roto sus cartas de amor y las había arrojado sobre el mundo

en pedacitos. Rodrigo (1) se había levantado en esa mañana más temprano que de costumbre solía hacerlo y, armado de su bolsa de lino, salió al campo a cazar mariposas. Acostumbraba encerrarlas en un frasco de cristal y luego las dejaba ir en el jardín de la casa, gozando infinitamente con esta liberación que les daba entre las rosas y entre las dalias esponjadas. Luego se entretenía viendo a la luz del sol las escamitas que se habían adherido al cristal del frasco, brillando comoespejos diminutos de diversos colores: anaranjados, azules, verdes, color café y color de ópalo desvanecido; color de oro viejo, color de plata acabadita de bruñir, color de estaño granuloso, color de bronce, color de cobre tallado, de todos los colores imaginables en las gamas del trópico. Y, veíase las vemas de los dedos contagiadas de estas escamas, que a veces se le antojaban granillos de luz que se hubiesen desgranado en polvo finisimo de las estrellas... ¡Así pasaba Rodrigo los días de Primavera! Pero una vez en que estaba a orillas de la población cazando mariposas, entre la fragancia indefinible que arrancan las brisas de losyerbajos del campo, vió una tan grande y tan linda que, parada sobre una piedra se le pareció a un pañuelito de seda acabado de aplanchar y doblar por alguna niña coqueta que lo hubiese perdido. Rodrigo se acercó a la mariposa, que era verde, de un verde tierno que fascinaba a sus ojillos de poeta niño, y quiso apresarla, pero con una extraña agilidad la mariposa se

⁽¹⁾ Este personaje está dedicado a Rodrigo Facio Brenes, hijo de don Justo-A. Facio y Rosarito Brenes de Facio.

en la inmensidad de los campos. El imposible lo había llevado hasta allí, hasta el misterio de la cumbre que empezaba, como un esfumino enorme, a emborronarlo todo en su contorno: la montaña parecía devorarlo en su sombra. Y, en su cansancio, revelado hasta ahora por la soledad, comprendió que el misterio del mundo lo había llamado con su pañuelito de seda, para enseñarle, en la tristeza de lo desconocido, talvez la presencia de ignoradas verdades. Rodrigo cayó, casi exánime, sobre la yerba, y se durmió, cuando en el cielo empezaron los ángeles a encender sus infinitos faroles de cristal cincelado.

In suave arrullo de música despertó a Rodrigo a las doce de la noche, y un susurro de sedas y de voces de cristal. Frotóse los ojos adormilados con los dorsos de las manos y vió, espantado, que alrededor danzaban, en cadena circular, siete princesitas. girando con una elegancia que jamás había sospechado: y, en sentido contrario, danzaba otra cadena más grande que la primera, envolviéndola, de doce enanillos barbados y ágiles como las princesitas. Estas tenían las cabezas coronadas con coronas de cartón, que remataban en una estrella frontal, de un color distinto cada una. Los vestidos eran del color de las estrellas que las coronaban y apenas se podían adivinar bajo las luces del espacio nocturno. Sentados en una roca tocaban tres enanos: el uno, una ocarina de barro cocido; el otro, una flauta de cristal; y, el último, otra flauta de madera dulce. La música que soplaban

M. Vincenzi

de una perfección asombrosas. Los danzantes la acompañaban con voces purísimas: como las de las flautas, las de las princesas; y, tan profundas como las de la ocarina de barro, las de los enanos.

-¿Qué es esto, Dios mío? —balbuceó Rodrigo, abriendo los ojos desmesuradamente e incorporándose sobre la grama—¡Qué es esto, qué es esto, madre mía!

Al oír estas palabras las princesas estrecharon el cerco primoroso de su cadena, dejándolo en el centro como a un islote envuelto por un horizonte diminuto de alegría, de belleza y de encanto... El las vió a todas, una por una, con la boquita trémula de admiración. Ellas le sonreían y le decían: «¡Somos los siete colores y en nosotras está la gama del mundo! La música no cesaba de escucharse y de adentrarse en lo más hondo de las almas. Luego estrecharon su circulo los doce enanillos, y Rodrigo apenas tenía gusto y tiempo de verlos entre los intersticios que dejaban las cabecitas de las doncellas: así lo atrajan con sus sonrisas y con sus ojos y con los contornos de sus carillas que parecían talladas en finísima porcelana. Ellos gritaron para hacerse escuchar de Rodrigo: «¡Somos los meses del año y nos dividimos en cuatro grupos de danzantes!» Los músicos, que no podían dejar de soplar sus instrumentos, no atinaron a decir quiénes eran. Pero Rodrigo no necesitaba saberlo, con tal de que siguiesen lanzando músicas en el espacio. Y jamás volvió a acordarse de los símbolos que encarnaban, para vivir, a la par de ellos, el trato misterioso con que lo regalaban en aquella noche fantástica.

A princesita Indigo aprestóse a despojar a Rodrigo de sus vestidos profanos; y, Azul y Verde, le pusieron, al punto, la primera una chaquetilla bordada con primor, y la otra unos calzones de franjas verdes y azules, que contrastaban singularmente con el azul tierno de la chaqueta, sembrada de botones de oro. La princesa Anaranjado le traía un turbante regio de su propio color, con borlas rojas y amarillas colgando del lado izquierdo. Violeta púsole medias y zapatillas moradas; y, en esta forma, Rodrigo parecía también un príncipe.

Condujéronlo, después, por unas grietas enormes de la cima granítica de la montaña. Los meses, siempre ágiles, en la danza como en la jornada diversa de los tiempos que representaban, iban enfrente de Rodrigo y los siete colores, en riguroso orden cronológico: Enero, vestido de blanco, como Febrero y Marzo, presidía el primer grupo; Abril, el que formaba con Mayo, el mes del corazón florido, y con Junio, el melancólico; Julio, presidiendo el que constituía con Agosto y Setiembre; y, por fin, el pluvioso y aneblinado Octubre, con su voz ronca y con sus ojos Ilorosos y tristes, el grupo que formaba con Noviembre y Diciembre, los meses de los fríos y de las esperanzas... Todos mesándose con aire misterioso y elegante las barbas de nieve y de nardo, porque las tenían llenas. de blancuras y de fragancias.

Al poco rato vióse a los músicos seguir el cortejo, tocando ahora con majestad una marcha que repercutía gloriosamente sobre las rocas desnudas de la cumbre. 12 M. Vincenzi

Cualquiera pudo haber pensado que la montaña los había atraído a lo más profundo de sus abismos; así fué la rapidez con que desaparecieron del perfil encumbrado de la cordillera.

y Violeta, cuando vieron que Rodrigo empezó a recordar clamorosamente a sus padres, lo hundieron, vestido como estaba con su traje de seda, en una laguna situada en un boquerón de la roca. Y, al punto su memoria se adurmió en su alma como un remanso. Aquella laguna tenía unas aguas que no mojaban el cuerpo, pero que se internaban, oscurecióndolo todo, en lo más íntimo del corazón... Rodrigo salió tranquilo como el agua dormida de la roca; y, prosiguió entre las princesas, desconociendo el pasado de su propia carne y de su propia alma, como si sólo lo hubiese engendrado el dios de los espacios, abstracto en su grandeza como una sombra y, efectivo, sin embargo, como la montaña, como la grieta en que se hundía el cortejo de los colores y de los tiempos.

Y, al cabo, muy adentro de la montaña, se abrió una puerta de piedra que conducía a un palacio que era la morada de las princesas y de los enanos: palacio de granito, que se componía de un salón central inmenso, cuyas dimensiones no era posible apreciar, sostenido por columnas altísimas y rodeado de trescientas sesenta y cinco cámaras de una regia arquitectura desconocida: una para cada Día del año, que eran madres de veinticuatro doncellas bellísimas, para

quienes había sitio suficiente en cada cámara del palacio. Al llegar el extraño cortejo se abrieron instantáneamente todas las puertas de las cámaras, y aparecieron, saliendo del interior, todos los Días, con sus hijas, listas para la danza. Fué entonces cuando los músicos tocaron la Danza de las horas, para que las nobles hijas de los Días bailasen sobre el mosaico granítico del salón. Todas estaban vestidas de gasas tan sutiles, que fueron más bien escuchadas por el roce de las sedas, que vistas por los colores casi transparentes que las cubrían. Rodrigo cobró aspecto de príncipe verdadero, después de haber presenciado la maravillosa Danza de las horas.

Pero, habían de llevarlo a su cámara; y, abrieron, en el centro del salón, una tapa de hierro. Introdujeron a Rodrigo por el hueco que dejó al descubierto la tapa, y los meses y los colores buscaron en el interior la cámara que correspondía al viajero encantado. Lo acostaron en una cama de mimbre y se durmió al instante, como si el dios del Sueño lo hubiese amarrado a sus brazos para siempre.

L día siguiente presentáronse en la cámara de Rodrigo las princesitas que lo habían cautivado en la cumbre de la cordillera. ¡Sólo ellas, porque los meses se habían dormido en los subterráneos de un modo profundo! Ellas lo sacaron del subterráneo y se lo llevaron a lo largo de un túnel que conducía al mar, por lo hondo de la tierra. Y, en medio camino, el túnel se dilató como si se hubiese ahuecado todo

M. Vincensi

un continente. Pudo verlo Rodrigo. Pero fué grande su asombro cuando vió, tendido a lo largo del hueco; a un gigante dormido que parecía de piedra y cuya cabeza semejaba un peñasco; el busto del titán hacía horizonte en el abismo; las puntas de los pies divisábanse sobre el pecho como dos montes lejanos. Las princesas le dijeron, señalando al titán: ¡He aquí a nuestro padre dormido; se llama el Tiempo!-¡Ellas suspiraron viendo a su padre tendido en el cóncavo abismo de la montaña!-Pero, ¡he aquí también el peligro, Rodrigo! Si nuestro padre despierta te devora y, entonces todo termina. Mas espera: nos haremos las siete un puente sobre él y tú pasarás sobre nosotras y serás salvo. Al final del puente volveremos a tí en nuestras formas actuales y te llevaremos a lo más hondo de los mares para que veas las maravillas que alli le guarda el mundo a los hombres. Ahora pide al Dios que a todos los resume que se haga la luz v espera, Rodrigo.

Así lo hizo el joven y, al rato vió que se formó sobre el gigante un arco iris que lo abarcaba de pies a cabeza, como un puente. Comprendió el milagro de las princesas y pudo salvar el peligro del gigante huyendo aterrorizado sobre el puente de los siete colores. Cuando volvió a ver para atrás, sólo vió, sobre el horizonte del pecho, que el Tiempo enderezaba, estremeciendo la tierra, la cabeza como una montaña; pero Rodrigo tenía la suya blanca como la nieve y la sabiduría le había mordido las entrañas, que ahora sangraban, en presencia de los siete colores reincorporados en sus formas humanas. Y, entonces se sintió

grande, por primera vez, como un patriarca de la prehistoria del mundo...

RA la mañana. Rodrigo, anciano, presentaba un aspecto que no les era grato a los siete colores y, por esto, lo llenaron de ungüentos mágicos que le ennegrecieron la cabellera, le enderezaron el cuerpo y le abrillantaron los ojos. Vistiéronlo de nuevo y, así, con su levita nueva de color morado y sus calzones de paño rojo y sus medias anaranjadas y sus zapatillas de color índigo y su turbante de franjas rojas, amarillas, verdes y azules, semejaba de nuevo un joven monarca de un país de duendes orientales.

Listos ya, desfilaron hacia el mar, entre una doble fila de estátuas de mármol blanquísimo que representaban, en aquel subterráneo, a todas las deidades primitivas del Cielo. No era posible imaginar nada mejor en los dominios de la plástica, por las actitudes pensativas de las cabezas, por la belleza de los contornos plenos de armonía, por la aristocracia y realidad de los ademanes, por la simplicidad armoniosa de los conjuntos, por la expresión de todos los detalles: de las sonrisas, de las miradas, de las manos nerviosas, de los músculos, que más parecían pertenecer a deidades vivientes, capaces de respirar y de hablar, que de bloques tallados de mármol frío y mudo como el Tiempo.

M. Vincensi

EGARON a un boquete que daba en la playa del mar. Allí las siete princesitas sacaron de sus bolsillos unos pifanos de caña madura y, sentadas en torno de Rodrigo, tocaron la sonata de la Tierra, con una dulzura jamás escuchada por los hombres. Rodrigo lloró al oír la maravillosa sonata de los pífanos... Sintió deseos de amar y de recordar y, recostó su cabeza de Poeta en los regazos de Azul, quien, después de haber terminado la sonata, lo abrazó y lo besó en la frente, llorando también al contagio romántico de la música; Verde se puso verde de celos y las otras se encendieron también en sus propios colores, en frente de las manifestaciones de Azul. Pero él las amaba a todas y así lo expresó, manifestando que deseaba ceñirse en el pecho una cinta de los siete colores que significase las inclinaciones amorosas de su alma. Entonces, todas, para celebrar las palabras de Rodrigo, le regalaron un arco iris de seda que se talló, con arrogancia, en el pecho juvenil y armonioso como el de las estátuas. Los pifanos tocaron, para terminar el compromiso de la banda, la inconfundible sonata del Amor. Y, todos lloraron en el boquete del subterráneo que daba frente a los nuevos horizontes del mar...

HORA, le dijeron los siete colores a Rodrigo, has empezado a amar: te falta, para ser un hombre, sacar a tu memoria del sueño. Nosotras sabemos la maravillosa sonata del Recuerdo, que despierta los

recuerdos dormidos. Escúchala.—Y empezaron a soplar con una gracia encantadora los pifanos armoniosos de caña madura.

Cuando terminó la sonata Rodrigo pudo recordar aquella mañana en que salió a cazar mariposas al campo; y vió aletear en su alma, a la gran mariposa verde que se deshizo entre las luces del crepúsculo, en la cumbre de la cordillera. Lloró y comprendió, recordando a sus padres, que todo recuerdo es doloroso, aunque aparezca perdido en los siglos. Indigo le dijo la fecha en que estaban y el joven se llenó de asombro: estaban en el siglo XXXX, es decir, dos mil años después de haber perseguido en su pueblo la fugaz mariposa, verde como dos hojas tiernas de manzano. Las 'princesitas danzaron en torno suyo lo mismo que veinte siglos antes, para significarle que la juventud es un principio eterno de las fuerzas. Sólo Azul, cerca de Rodrigo, soplaba los armoniosos canutos de su pifano mientras las otras danzaban con gracia indescriptible en torno suyo.

UANDO hubo terminado esta ceremonia, le avisaron a Rodrigo que empezarían el viaje anunciado a las profundidades del mar. Lo bañaron en
aceites impermeables y le colocaron en las narices
una diminuta maquinilla que funcionando en el agua
la transformaba en el aire preciso para la respiración.
Era un prodigioso invento del siglo XXXX: porque
no querían que él usase otros recursos que los humanos para vivir en el mar, para comprenderlo, para

18 M. Vincensi

explotarlo, para vivirlo en todas sus grandezas. Anaranjado, con su vocecilla de cristal fino, le contó que el hombre se había visto forzado a conquistar el dominio de las aguas y a construir en el fondo de todos los mares enormes ciudades, porque los continentes se habían desbordado sobre los océanos; Violeta ajustó la narración con espirituales comentarios en que campeaba, con la delicadeza de las palabras, la hondura de las reflexiones y de los consejos.

Todo se preparó para el viaje anunciado, no sin que antes se satisficiera la melomanía que los devoraba en presencia de los horizontes abiertos del mar, con una sonata dedicada a sus mayores encantos y arrancada con arte inusitado a los pífanos de caña madura.

A comitiva, una vez preparada para vivir debajo de las aguas, entró en el mar, con gran contento y asombro de Rodrigo, que se sentía facultado para respirar dentro, con la misma facilidad que en el aire, gracias a la maquinilla que le habían plegado a las narices. En los ojos y en los oídos le habían untado una grasa olorosa a resina de sándalo, que le permitía cierta inmunidad contra las diversas sustancias del agua marina; y, que parecía que le triplicaba la potencia ocular: tan claro veía en el agua multicolor del océano, sin perder, sinembargo, los más suaves matices del líquido. Pero, adentro, sintió que el vestido le sobraba y, se despojó, con gran dolor suyo, de su levita bordada, de su esplendoroso turbante y de las

otras prendas con que acababan de regalarlo. Ellas lo condujeron, también desnudas, a una gruta en que había unos grandes peces aperados como caballos: era una cuadra submarina que pertenecía a los colores del arco. Le calzó Violeta unas espuelas de plata a Rodrigo, que resplandecían de un modo extraordinario y, lo montaron en el escamado jumento. Todas hicieron, en tanto, lo propio, y salieron, ceremoniosamente de la cuadra; las riendas de metal labrado frenaban de una manera absoluta, a los chúcaros peces, que, en oportunidades diversas, se sentían con deseos de salir disparados por las profundidades, sin asomo de dirección hacia las grandes metrópolis del océano, donde moraban los hombres del siglo xxxx.

ONTAR las maravillas del camino, sería cosa que no se agotaría nunca. Por esto me conformo con hablar del descanso y de algunas circunstancias especiales de la jornada.

Rodrigo sentía pánico cada vez que se topaban con alguna fiera marina, con algún tiburón, con algún elefante de mar, con cualquier animal de esos que espantan con estar simplemente pintados en las láminas de los libros de historia natural; se espantaba y tiraba de las riendas metálicas, entre las risas acuosas de las princesitas, que parecían más bellas aún dentro del agua y mucho más joviales que en el palacio de piedra. El olvidaba que ellas eran divinas e inabordables para todo género de envestidas; y que iba caballero en un pez bravío y entendido en achaques de

M. Vincensi

combates océanicos; y que, fuera de todo ello, iba bajo la protección directa de las princesas, quienes explotaban la inocencia de Rodrigo para agitar armoniosamente las castañetas de cristal de sus risas. ¡Jamás nadie soñó en un viaje tan lleno de color como éstel

Rodrigo sintió hambre y deseos de descanso después de una jornada de seis horas de nado, sobre las grandes montañas y las grandes llanuras del fondo del mar, pero a una distancia respetable de los bosques de algas y de corales y de cipreses marinos. A este motivo se debe el que no parase su atención en la exuberante arborescencia del fondo, sino en las infinitas coloraciones de las inmensas cantidades de agua y en los fantásticos animales que pasaban a izquierda y a derecha de la comitiva. Descendieron en una vasta llanada y las princesas sujetaron de las riendas a sus peces y el de Rodrigo, de las ramas de algunos arbolillos calizos que poblaban el suelo. Como un simple niño Rodrigo empezó a reconocer los corales, las algas y los cipreses que ya había visto en los muscos del siglo XX; y a juntar grandes conchas y caracoles de nácares de las más caprichosas formas y los más sutiles colores, para extasiarse tocándolos y viéndoles sus dibujos. Los animales seguian metiéndole espanto, hasta el punto de que se hacía acompañar de las princesitas como si quisiese estar abrazado y protegido por ellas constantemente; aunque yo no puedo afirmar si éste era el único motivo que tenía para hacerlo. Abrieron campo entre los corales, dejaron pescar algunos peces pequeños a los peces caballos y se sentaron, por fin, en el fondo del mar. Rodrigo,

como siempre, ocupó el centro, que tan bien sabían iluminar con sus ojos Anaranjado, Rojo, Amarillo, Verde, Azul, Indigo y Violeta. Y así, hicieron aparecer, como deidades que eran, un mantel lleno de platos exquisitos y de golosinas que conocían adaptarse al gusto infantil de Rodrigo. Este observó, por primera vez, que los movimientos de las personas estaban más llenos de nobleza en el agua, y de una mayor aristocracia y elegancia por la armonía que suponía cierta lentitud que allí les era característica. Mas hacía falta algo para terminar el extraño banquete, compuesto de frutas en conserva y de vinos reconcentrados que propiciaban la mente para el ensueño. Hacía falta la música...

Ellas lo comprendieron e hicieron aparecer siete arpas de concha nácar y de cuerdas áureas. En el agua los pífanos de caña madura y las ocarinas de barro cocido y las flautas de madera y de cristal, perdían muchos de sus significados y de sus encantos. Para el mar los instrumentos de cuerda representaban el mayor esfuerzo de la belleza musical. Tocaron, al instante, la danza del Nado, elegante, luminosa, ondulada y fina como el mejor de los peces que cabalgaban. Rodrigo recostó en esta ocasión su cabeza en los pies de Indigo, como si las cuerdas de su arpa hubiesen interpretado mejor los sentimientos maravillosos de su alma, en aquella hora fantástica de su vida.

H otocopia

203347

M. Vincenzi

Pocas horas más de jornada y estuvieron en las cercanías de una inmensa ciudad, cuyas casas principales eran de cristal: veíanse coronadas de multitud de cúpulas hundidas en mágicos escorzos dentro de la perspectiva multicolor de las aguas. Los peces y las gentes se reflejaban en las paredes cinceladas, como en combos espejos. Las calles serpenteaban entre los palacios, como en un deseo espasmódico de armonía. Multitud de carruajes hacían un tráfico como el de las antiguas ciudades, como en el Nueva York del siglo XX, como en el Londres y el Paris de esa época remota, pero tanto en el suelo como en el ambiente de agua que las llenaba. Estaba esta ciudad sembrada de estátuas gigantescas de Neptunos de roca y de cristal, de mármoles y de metales preciosos.

Las princesitas dejaron los peces-caballos en las afueras de la ciudad y se montaron con Rodrigo en un gran carruaje que figuraba una concha enorme, toda incrustada de nácares, y tirada por cuatro pares de grandes peces-caballos, enjaezados magnificamente con luminosos metales. Pararon el carruaje en el primer palacio y se internaron en él; a Rodrigo le crecía la inquietud por conocer su interior; y más, cuando supo que se trataba de un museo. En el primer departamento vieron unas curiosísimas antigüedades que llenaron de melancolía el corazón de Rodrigo: tres submarinos del siglo XX, con marcas alemanas en sus costados. En la etiqueta que los clasificaba leíase lo siguiente: máquinas que usaban los salvajes europeos del siglo XX para destruir las naciones; pertenecen a los

tiempos en que había guerras... Estas máquinas son las precursoras de los actuales palacios de cristal... Rodrigo exclamó: —Amadas mías: ¿entonces ahora los hombres no se matan los unos a los otros?—Las princesas se echaron a reir al ver que todavía quedaban rescoldos en Rodrigo, del salvajismo antiquísimo del siglo XX.

En otro departamento contiguo al primero había una multitud de escafandras con inscripciones que daban risa. En el siguiente, se mantenían grandes ejemplares de barcos de quinientos metros de longitud. de los que solian manejarse en el siglo XX por electricidad. En otro había varias locomotoras y aparatos atrasadísimos del inalámbrico, cuando el hombre no había podido aún comunicarse con los astros cercanos habitados, por medio del lenguaje articulado en poderosisimas radiolas. En el departamento de vestidos los había de todas clases: los de los diplomáticos del siglo XX, con esta observación en una placa de nácar: es curioso observar que casi todas las levitas de los diplomáticos del siglo XX están rotas en la espalda. Unos sabios creen que esto se debe a las genuflexiones a que estuvieron obligados sus dueños. Las pocas levitas que no se caracterizan por esta servil singularidad parecen haber pertenecido a los diplomáticos mexicanos y a algunos pocos de otras naciones libres. (1) En otro salón había ejem-

⁽¹⁾ Dedico esta nota a Antonio Mediz Bolio, Alfonso Reyes, Genzalez Martínez, Bernardo Reyes y otros intelectuales diplomáticos de la época, de la legión mexicana. No soy mal agradecido con los otros diplomáticos, compañeros de Mediz Bolio en Costa Rica. Muchos de ellos organizaron con el Minister Mexicano la velada que me dedicaron en el Teatro Nacional, a beneficio de miproyectado viaje a España. Cosa que hicieron muy pocos costarricenses.

M. Vincenzi

plares de victrolas que, al tiempo en que reproducian canciones también aparecían las figuras de los cantores moviéndose como si hubiesen estado presentes cantando dentro de un espejo. Al pie de este artefacto había una nota en placa de bronce incrustada de letras de coral, que decia: muestra antiquisima de los grandes inventos primitivos, cuando los hombres morian viejisimos a los noventa años. En esta civilización submarina vivían los hombres cuatrocientos años. A los cien eran chiquillos de escuela, que sabían más que Nietszche y que Einstein juntos. En otro departamento había un para-rayos con esta otra inscripción: pertenece al siglo XX. Es el invento precursor de nuestros modernos paraterremotos. Rodrigo, después de leer esta placa, abrió la boca, de tal modo, que bien pudo haberse tragado una ballena. ¡El hombre había acabado con los malditos temblores! ¡Pobre Rodrigo!

Después pasaron al salón de los Archivos. Allí vió Rodrigo los libros de un tal Vincenzi, con esta inscripción: ejemplares de las obras de un filósofo del siglo XX. Fué tan humilde este señor, que no pudo pasar en toda su vida de Visitador de Escuelas. Para aquella época no se puede decir que fuera un tonto; pero su posición revela la mentalidad de los hombres de su tiempo. La ideología de estos libros pasó a la historia de las más infantiles fantasías de su raza. ¡Rodrigo desmintió esta inscripción, porque él había conocido a Vincenzi en Alajuela, dando clases de Castellano en el Instituto, con un sueldo mensual de diez y ocho dollares! Rodrigo iba de sorpresa en sorpresa, en cada vitrina que contemplaba. Llegó a la sección zoológica.

Un detalle que lo llenó de sincera consternación fue el que los naturalistas submarinos clasificasen entre los animales a los burgueses del siglo XX. El ejemplar conservado era rechoncho, barrigudo como un elefante. La inscripción decía: Burgues: animal raro del siglo XX, época en que habia pobres y ricos; monopolizador de riqueza a expensas de los esfuerzos y las facultades ajenas. Rodrigo, sorprendido, manifestó que el burgués no era un tipo de animal raro; que en su tierra era el animal más vulgar que se conocía. Después la sorpresa de Rodrigo creció de punto: también los submarinos habían clasificado a un político en la sección zoológica del museo, con esta inscripción esculpida en concha nácar: Político: animal felino del siglo XX; pertenece a la familia de los burgueses, pero se distingue de ellos por la ingratitud que encarnaba en su tiempo. Nombre científico: animal farsante. Rodrigo explicó a las princesitas su admiración y dijo que no se había sorprendido por lo de animal, al tratarse de los políticos de su siglo, sino porque el ejemplar que tenía delante era un conocido suyo, que se daba unas infulas de personaje cuyo recuerdo le daba, de verdad, . misericordia. A Rodrigo se le salieron las lágrimas a los ojos... Y se trasladó melancólico a la vitrina siguiente: allí encontró un maestro conservado en una rara sustancia, con la siguiente levenda al pie: Maestro: animal noble del siglo XX que acostumbraba morirse de hambre. Por su nobleza pereció siempre bajo el menosprecio de políticos y burgueses, quienes solian embrocarlos presentándoles un papel escrito que llamaban programa, lleno de zarandajas ideológicas de la época neolítica. Los

26 M. Vincensi

sabios historiadores no saben si clasificarlos entre los animales o entre los mártires de la historia. A la par de este enorme frasco, que le recordó a Rodrigo una caricatura de Noé Solano, había otro, en que tenían a un obrero en conserva, con estas palabras al pie: Obrero: animal victima, por excelencia, de ciertos animales va clasificados anteriormente. Algunos sabios se han inclinado a clasificarlos entre los hombres. Rodrigo apartó los ojos de esta última frase, con aire de apesadumbrado escepticismo, que hizo palidecer a las siete princesitas con un sincero dolor. Después llegó el visitante a un frasco curioso, en que se veia a un esqueleto con la columna vertebral torcida hacia adelante y coronada con una cabeza de mono chimpancé. La leyenda decia: Periodista: animal ignorante, con muy raras excepciones; se desconoce el sentido de este encorvamiento de la columna vertebral; pero los frenologos saben a que alenerse en presencia de esta cabeza. Rodrigo habia oido decir alguna vez que los periodistas eran, por lo general, unos cafres. Por ello entendió perfectamente la alusión frenológica de la leyenda. Pasó adelante y se paró con sus lindas proctectoras, en frente de otra vitrina. Registró con avidez la levenda de este animal que decía mas o menos esto: Militar: animal que se dejaba matar, en el siglo XX, para que los políticos tuviesen patria que explotar, en esos tiempos en que el mundo se dividía en ridiculos cacicazgos. Ejemplar encontrado en un manicomio. Algunos historiadores afirman que era más frecuente encontrarlos en los presidios, en aquella época en que había penales y en que merecia haberlos. Siguió Rodrigo a la vitrina siguiente,

donde había conservado en otro gran frasco un éjemplar acholado de hombre antiguo, con las siguientes palabras al pie: Constructor: animal, el más caracteristicamente estúpido de los animales del siglo XXI, que construía edificios y se reservaba la mitad de los gastos en su bolsillo. Andaba suelto por las calles de Nueva York. De éstos no había visto Rodrigo uno solo en las calles de Costa Rica. Y pasó tranquilo a la vitrina siguiente, en la cual vió un raro ejemplar zoológico, con esta inscripción: Bohemio: animal lírico, cuya obra poética se realizaba a extramuros de la moral. Algunos especialistas dicen que a éste se debió el invento del sable. Estupenda inscripción, dijeron las princesas a coro. Rodrigo quedó pensativo recordando que su padre le había dicho que jamás fiase en la vida a este género de animales. En la vitrina siguiente levó Rodrigo: Constructor de carreteras: animal inclasificable encontrado en un gran barrial de una calle capitalina, a principios del siglo XX.

Muy complacida, en parte, la comitiva, abandonó la sección zoológica, que fué la última que visitaron. La memoria de Rodrigo se había enriquecido con este verdadero calendario de agudezas filosóficas.

L extraño capricho de andar en un carruaje constituido por una gran concha abierta en resplandores y tirada por cuatro parejas de peces-caballos, se explicaba por la afición mitológica de los siete colores. En la ciudad todos nadaban con máquinas propias que se sujetaban a las muñecas como se estila

M. Vincensi

hacer con los relojillos modernos. También había máquinas parecidas a los automóviles actuales, que eran las que habían visto hacer el principal movimiento de tráfico: se movían y se paraban a capricho de quienes las manejaban, por un simple sport ciudadano.

Cuando los habitantes de Marópolis, que así se llamaba esta aldea de veinte millones de almas, vieron la carroza mitológica de las princesas, comprendieron que se trataba de un capricho de las divinidades que la montaban. Y le abrieron paso, ceremoniosamente, en todas las calles. La comitiva las recorrió. admirando Rodrigo las cinceladuras de las puertas, de las columnas, de los pisos y las cúpulas de los palacios. Y, sobre todo, la belleza de unos palacios construidos de puras perlas finísimas y otros de puro coral y otros de pura concha nácar y otros de pura plata y otros de puro oro. Las exclamaciones de Rodrigo inspiraban lástima en las princesas, que sabían darle otro valor a las riquezas materiales. Al doblar una calle en que había un palacio construido de diamantes luminosísimos, señalando sus talladuras le dijo Azul a Rodrigo: - ¿Ves ese extraordinario palacio? Pues no vale gran cosa comparado con la espiritualidad que rige los destinos de Marópolis...-Rodrigo olvidaba a cada instante que por algo se había saltado al Tiempo sobre el arco iris, sin que lo advirtiese; y que por algo también era un dilecto de las divinidades.

N grupo de historiadores marapolitanos ofreció a la simpática comitiva mitológica, una reproducción de escenas históricas del siglo XX: una función de circo. Hicieron los preparativos de modo conveniente y, a las dos de la tarde salió por las principales calles el convite. Así recibiría la ciudad una extraña lección de historia antigua y las princesitas y Rodrigo, sobre todo Rodrigo, gozarían de lo lindo viendo los animales amaestrados en una mañana—hasta los animales en el siglo XXXX eran mucho más entendidos que algunos profesores del siglo XX—pasar por las calles y hacer el espectáculo en el redondel.

El convite valió, por sí solo, por un curso de historia dado en la Sorbona. En lugar de los elefantes clásicos, hicieron desfilar cuarenta ballenas, más frescas, en el agua, todavía que los elefantes (1) de tierra. Encima de ellas jugaban los payasos a la pelota, con una maestría envidiable; después desfilaron cien tiburones, que se le antojaban a Rodrigo que formaban una especie de ovación política; sin embargo, le parecieron unos inocentes animaluchos comparados con los tiburones que él había conocido en su tierra: eran demasiado civilizados para ser tiburones como los de veinte siglos antes. Detrás de los cien tiburones iba una procesión de doscientos bufeos amaestrados; y

⁽¹⁾ Se dice en Costa Rica que alguien pasa por elefante, cuando ocupá lugar gratis en los espectáculos. Por extensión se dice de todo género de vividores.

30 M. Vincensi

más atrás todavía, multitudes de peces de las más fantásticas formas, montados por muchachos de ciento cincuenta años de edad, tocando rarísimos violines y bandolinas, que producían un música de *primo car*tello. ¡Toda la ciudad se llenó de risas y de músicas!

A las ocho de la noche se llenó por entero el Estadio, con setecientos mil espectadores. La función se abrió con una magistral sinfonía lírica. Después apareció el organizador principal de la fiesta, un marapolitano sapientísimo en materias históricas; y, saludó a los visitantes con un discurso que dichosamente no era ni político, ni parlamentario, ni docente, ni académico, ni, en resumen, de ningún género aburridor o pedantesco de la oratoria histórica del siglo XX. El primer acto empezó: representaba una fiesta escolar de ese siglo, con veinte recitaciones infantiles. A la mitad de este acto el público se durmió en sus butacas: la lección histórica resultaba provechosa para apreciar las dotes de amenidad de los antiguos educadores. El acto terminó entre el aplauso de los que quedaron despiertos. La segunda pieza de la orquesta los despertó, con sus dulzuras sinfónicas. Empezó el segundo acto: era la representación de un mercado del siglo xx. Toda la concurrencia se tapó las narices. Luego, el tercero: representaba las elecciones presidenciales en cualquiera de los países de la América antigua. Los espectadores se rieron a carcajada limpia de la candidez de los pueblos. Después, el cuarto acto: representaba el desfile de las personalidades escogidas para hacer gobierno, en que se demostraba que el presidente electo tenía ojos de lince para seleccionar sus colaboradores. Más tarde, el quinto acto: representaba una fiesta popular. El público se quedó petrificado viendo las borracheras que acostumbraban en los tiempos antiguos y los bochinches que se derivaban de tanta decencia. Enseguida, el sexto: se representaba la vida de una ciudad entera del siglo XX, de unos sesenta mil habitantes. Aquello fue Troya en las almas deslumbradas de los espectadores frente a tanta moralidad, a tanta higiene; frente a tanta suavidad de costumbres; frente a unas calles tan nítidas y lustradas... El público le pidió permiso para retirarse a la comisión de festejos. No le fue concedido.

Siguió la segunda parte. Orquesta: otra sinfonía lírica de un músico del siglo XXXV, un poco antiguo para tanta modernidad. Primer acto: la danza de las ballenas. Satisfizo enteramente a los eruditos, quienes habían oído hablar de la danza rápida de los elefantes, en los tiempos primitivos de América. Luego, el canto de los tiburones. Luego, cuartetas satíricas encontradas en unos viejos baules del Circo Pubillones: todos se taparon los oídos. Por último (1), una chistosa pantomima que representaba la vida honesta de los burgueses del siglo veinte. Una lección bellísima de moralidad y buena educación. A la salida del Estadio se les oía decir que la comisión había exagerado los caracteres de sus reproducciones; y que no

⁽¹⁾ La Comisión organizadora suprimió un concierto de jazz-band que tenía listo para manifestar hasta qué punto llegaron en el siglo xx, los progresos artísticos de los yanquis, por temor de que hubiesen salido corriendo del Estadio los espectadores... Rodrigo agradeció tan singular cortesía.

32 M. Vincenst

era razonable suponer tanta barbarie ocurrida veinte siglos atrás. Los más sentimentales osaron proponer que se fundase una nueva sociedad de investigación histórica para corregir datos tan singularmente equivocados. Las princesas volvieron a ver a Rodrigo y le guiñaron los ojos en secreto... El estaba, con justicia, de tal modo, que se moría de vergüenza.

ODRIGO se puso triste, al parecer, de manera incurable, después de esta exhibición del siglo xx. Nadie supo que entre los espectadores había un hijo de esa época salvaje. A este motivo se debió el interés de Anaranjado de excusar a Marópolis, a los ojos del melancólico Rodrigo. Y, sólo sus palabras y sus besos lo hicieron volver a la risa, en medio de la música armónica de las arpas.

Pero se acercaba la hora de la partida: los siete colores aprobaron los deseos de su protegido, de ausentarse de Marópolis, porque él no resistía la presencia de tanta belleza y de tanto adelanto. Sentíase, desgraciadamente, un hijo legítimo de la antigüedad, y, más cuando recordaba las bolsas de cazar mariposas en las remotas primaveras de América.

Antes de partir, sinembargo, quería que lo llevasen a conocer otras arquitecturas famosas de Marópolis. Asintieron también las princesas a sus deseos, como en todo solían hacerlo, por el amor que le tenían al cazador de mariposas verdes, al buscador de emociones fugaces e inasibles, al arrebatado romántico, al hijo dilecto del Amor encantado que las domeñaba con la fuerza imponderable de su debilidad. Mas quería ver los otros palacios al tiempo que las princesas tocasen sus mejores sonatas en las arpas. Y fue satisfecho por ellas...

Dirigiéronse, montados en el carruaje de la concha resplandeciente tirados por las cuatro parejas de los peces-caballos, hacia el Palacio de ágata cincelada; luego, al Palacio de rubi; después, al de esmeralda, que parecía de una sola píeza tallada por un milagroso Benvenuto submarino. En todas sus paredes estaban representados, en altos y bajos relieves, episodios mitológicos de un valor artístico incalculable. Fueron, después, a la Casa de alabastro, o la Casa Blanca, donde residían los que habían querido dedicarse a la talla de los nácares y los careyes. Luego, al Palacio del Oro, donde moraban los orfebres; los cinceladores de joyas que no tuvieron par en ninguna Florencia de la antigüedad artística. Y visitaron, también, el Teatro de Plata, cuyos bajo-relieves representaban escenas históricas, corregidas y aumentadas por los poetas fantásticos de Marópolis, en tamaño natural, que llenó de asombro a Rodrigo; y fueron a la Casa del Opalo, hecha con puros ópalos de tamaños descomunales... Jamás se pudo imaginar un arte más exquisito, más hondo, más variado y más rico que el de Marópolis. Rodrigo recordó el Teatro Nacional de Costa Rica y se puso a llorar desesperadamente como si se tratase de un palenque indigena.-¡Y los costarricenses creen que aquellas estátuas de Calderón y de Beethoven tienen expresión de estátuas! Y se34 M. Vincenzi

guía llorando, hasta que Azul le impuso silencio cerrándole la boca con sus besos.

Como las princesas comprendieron que martirizaban a Rodrigo con estos paseos artísticos, no porque no tuviese vena de artista, sino por las comparaciones que establecía con su tiempo, resolvieron dormirlo en la concha carruaje que los llevaba y sacarlo de Marópolis. Rodrigo empezó a dormirse al trémolo de las arpas y, cuando despertó, se encontró en una playa sombreada de almendros, a través de cuyas ramas se percibía a lo lejos, sobre el mar, un enorme arco iris como un puente levantado sobre la efigie del Tiempo, inmutable y mudo como el granito de las montañas.

APUNTES PARA UNA GEOMETRIA DEL PORVENIR

La gateuni de Fullis, et la releta et la

Separate V. Sudden at their market Personal of the Control of the

mende burnishe vince to a my lo on one . et

Para NOE SOLANO, artista sobrio y atrevido-

A nueva manera de contemplar las dimensiones geométricas necesita explicaciones que es preciso reservar para un campo más espacioso del que dispongo.

Ahora permitaseme la exposición sintética de los principios fundamentales de mi geometría.

La geometría de Euclides es, en esta época, tan relativa, que queda desempeñando su papel práctico, mientras las exigencias matemáticas llegan a imponer, en novísimos inventos, normas más sutiles de vida: así es de relativa y de inexacta dentro de las nuevas maneras filosóficas de contemplarla.

Ancho, grueso y largo. Ya he demostrado en mi Segunda Dimensión que estas formas objetivas caben dentro del espacio y pueden transformarse las unas en las otras dentro de las leyes fijas del mismo. La dimensión matemática exige lo firme, lo invariable: el

38 M. Vincenzi

tiempo y el espacio: mis dos dimensiones observadas en el ensayo antedicho. (t)

*

La geometría clásica ha proyectado todos sus cálculos en el espacio presental. Las inexactitudes que
Einstein observó en las matemáticas aplicadas al espacio celeste y, las extrañas investigaciones realizadas sobre la cuarta dimensión, acusaron la presencia
de un nuevo elemento relativizante en las funciones
de las formas geométricas. Poincaré y los suyos atribuyeron esa extraña influencia al tiempo, confirmado
entonces con el nombre genérico de cuarta dimensión.

*

El gran problema en Europa quedó planteado en esta forma:—Einstein, sintetizando, afirma, que no existen en el universo objetivo puntos concretos y absolutos de referencia. La velocidad de la luz, considerada como invariable, según las experiencias científicas de este filósofo, es diversa y relativa a las distintas masas celestes sobre las cuales se proyecta. Astros más grandes que la tierra, reciben la luz, por lo tanto, con mayor rapidez. Los menores, a la inversa. Además, según las distancias que recorre la luz, constituye una curva mayor o menor que, a mi entender, se debe a la influencia que el tiempo ejerce hacia el pa-

⁽¹⁾ Leer la Segunda Dimensión en mis Diálogos Filosóficos .- M. V.

sado, que también es un presente absoluto para mi teoría. Los investigadores que acusan inexactitud en la experiencia del matemático y físico alemán, no han variado sus afirmaciones fundamentales.

Los matemáticos franceses que estudian las influencias de la cuarta dimensión, aceptan, a lo que entiendo, las tres de Euclides.

Tal, la situación del problema en Europa.

Hay que ver lo que dice nuestra América libertada, para ir explicando, de paso, el pretensioso nombre del libro.

Einstein aisla fenómenos concretos que rompen la antigua exactitud clásica de los cálculos. Es decir, lo encuentra todo relativo, o relativizado, por innumerables influencias que él estima absolutamente presentales. Poincaré y los suyos encuentran la cuarta dimension, esto es, una dimensión de distinta amplitud correlativa que la sustancial de las tres dimensiones de Euclides y, suponen, por lo tanto, de un modo prejuístico, que la cuarta excluye a las otras, en cuanto no son idénticas, en cuanto están caracterizadas. De modo que a la estrechez objetiva de Einstein, une Europa el error de los que aparejan las tres dimensiones clásicas, a la cuarta, al tiempo; siendo, como son, mucho menores en extensión y en sentido matemático, como voy a explicarlo, que el tiempo.

40

Le falta a Europa, pues, generalizar tanto hecho descubierto, pero aislado, y encontrar la relación que existe entre ellos. América, que será o que es, en cierta medida, el continente espiritual que complementa al orientalismo y al occidentalismo, trata de hacer el trabajo que falta, en la siguiente forma:

*

Para aceptar las tres dimensiones de Euclides como complemento de continuidad de la cuarta, sería preciso que ésta, que es el tiempo, no las contuviese por entero, como las contiene. Según la va citada teoría de mi segunda dimensión, lo que pasó en el tiempo, no está en la nada; y, lo porvenir tampoco está en la nada. Esto quiere decir, en lenguaje matemático, que las tres dimensiones de Euclides son formas que permanecen tanto en el pasado, como en el porvenir y el presente, dentro de la dimensión tiempo. Por consiguiente, la función del tiempo en los fenómenos matemáticos observados por Poincaré, no se realizan independientemente de lo ancho, lo grueso y lo largo: constituyen cualidades subalternas del tiempo, lo mismo que del espacio. Pero ¿qué diferencia caracteristica separa entonces al tiempo del espacio, para que yo me encuentre en capacidad de declararlos dimensiones correlativas? ¿Hay alguna división entre ellas? Supongo que dentro de una razón pura, no existe esta división; pero, también supongo que al hombre le está impuesta una razón práctica que se ve precisada a definir las cosas desde su propio terreno de observación filosófica, científica y artística. Y es dentro de esta filosofía y esta ciencia prácticas que encuentro mayores razones para entender que a la segunda dimensión mía—la cuarta para los otros, el tiempo—sólo es posible aparearle, como su complemento, el concepto práctico del espacio humano. En este sentido tanto podrá encontrarse en el tiempo como en el espacio la jerarquía tridimensional de Euclides. Esto es, precisamente, lo que no está aceptado por ninguna filosofía, y menos, por ninguna ciencia contemporánea. Sin embargo, es una verdad que cuenta con enormes antecedentes históricos, de carácter estético-religioso.

*

No voy a decir con toda amplitud cuáles son esos antecedentes estético-religiosos de que hablo. Pero es curioso observar que ninguna de las religiones ha podido negar, desde su visión mística—quiero decir, artística—, que en sus dioses todo está absolutamente actualizado. Como se ve, las religiones, en muchas de sus creencias más extendidas, tienen mayores verdades de las que se acostumbra a suponerles. Hay que averiguar de qué fuentes secretas proviene este género admirable de sabiduría contemplativa.

Si nada puede entrar o salir de la nada, entonces lo que es está absolutamente actualizado en el universo, con todas sus dimensiones. Esta verdad es matemática y es religiosa; sólo le falta ser filosófica para completar el ciclo dantesto de la contemplación objetiva del mundo.

Y si hay verdades científicas y artísticas que comprueban que nada se acaba, ni la forma misma, puesto que todo es esencial, los volúmenes delimitados por Euclides se prolongan hacia atrás y hacia adelante en el tiempo, en toda la corporeidad que les atribuimos y les conocemos en el presente. Es más general, en consecuencia, aceptar el tiempo y el espacio como las dos primeras dimensiones del mundo objetivo; y aceptar, asimismo, lo ancho, lo grueso y lo largo, como modalidades geométricas subalternas a estos dos grandes principios de la ciencia, la filosofía y el arte prácticos de la razón humana, y, no como colaterales a ellos.

Por lo anterior nos parece absurdo decir que el tiempo es la cuarta dimensión. Esperamos sus pensadores que la América libertada rechace con energía estas comparaciones absurdas y estos despropósitos grotescos.

Ahora surge el problema concreto de los principios elementales de mi geometría espacio-temporal.

A los ojos de un ser inteligente que estuviese contemplándonos desde un sitio fuera del tiempo y del espacio, con los anteojos de Euclides, que nos representan las cosas en un espacio presente, el mundo le parecería una inmensa lámina sin provecciones hacia el pasado y hacia el porvenir: algo tan delgado como un cristal sutilísimo. El mismo se sentiría, acaso, afilado y largo como una navaja. Y sólo sería capaz de ver los objetos por la duración pequeñisima que le concediésemos para observarlos. Es decir, que el verdadero volumen del espacio existe, para el contemplador, por la función del tiempo que necesite para percibirlo y para comprenderlo. Si pudiésemos extremar la experiencia, siempre habría necesidad de tiempo para percibir y comprender el espacio. ¿Qué significa esta unión absoluta del tiempo y el espacio?

Todo volumen supone dos dimensiones elementales y fundamentales: tiempo y espacio. Euclides se olvida del tiempo que pasó y del tiempo que viene en los cuerpos, que es cosa tan concreta, como cualquier realidad objetiva, como esa estatua viviente y divina que me contempla. Para Euclides los objetos son laminados y están entre dos nadas infinitas: el pasado y el porvenir. Y a pesar suyo esto sería así.

¿Qué consecuencias se derivan de la proyección de los cuerpos hacia el pasado y hacia el porvenir? El cambio total de las definiciones clásicas de punto, línea, plano y volumen.

El punto es tiempo y es espacio.—No se olvide que se habla dentro del plan práctico de contemplación.—Si es tiempo, se proyecta en el tiempo. Y si se proyecta, deja de ser un punto redondo como se le ha debido suponer en la geometría práctica de Euclides, porque no existe el punto inextenso e indivisible que fantasean los matemáticos puristas o, mejor dicho, absolutistas. Deja de ser un punto: una línea que se prolonga de un tiempo a otro tiempo, que puede o no tocar al presente actualizado, dentro de cualquier época.

Paréntesis: se ha de aceptar, para mí, que el pasado y el porvenir son una sucesión ininterrumpida de presentes universales. Si el punto euclideano es una línea, la línea enclideana es un plano constituído por la cooperación paralela y conjunta de las diversas sucesiones temporales de los puntos que forman esa línea. También proyectado en el factor espacial tiempo.

El plano de Euclides es una sucesión de planos sin solución de continuidad, que constituyen un volumen dentro del tiempo.

Y el volumen forma una sucesión de volúmenes que llegan a constituir lo que llamaré de un modo hipotético atrevidísimo, el super-volumen.

Falta saber cuál es la orientación, el rumbo que toman estas figuras de la geometría práctica del porvenir, dentro del tiempo. Apenas he llegado a sospechar que el problema podrá resolverse si se recuerda, una vez preparado en este género de ideas, que los sujetos metagnómicos del Dr. Eugene Osty, en su libro El conocimiento supra-normal, siempre señalan los sucesos que ven en el pasado, a la izquierda; y los que observan y describen en el porvenir, a la derecha. ¿Qué

46 M. Vincenzi

significa este extrañísimo fenómeno? Significa que el autor de AMÉRICA LIBERTADA no inventa problemas: los descubre y trata de resolverlos en cuanto esté a su alcance, por más extraños y paradójicos que aparezcan a primera vista.

El mismo Dr. Osty no se da exacta cuenta de los innumerables problemas que sugiere en su magnifica obra.

Para comprender que las cosas se proyectan hacia el pasado y el porvenir, conforme a fenómenos observados por la misma masa ignorante de los pueblos, basta saber que el presentimiento es un hecho repetidisimo. Y que la ciencia contemporánea ha descubierto lo que ella denomina, de manera inexacta por lo empirica de este orden de conocimientos, la conservación luminosa de las imágenes de les objetos pasados. ¿Y se pueden preveer hechos que no han ocurrido y que ocurrirán ocho años después, como en el caso que cuenta Goethe en alguna de sus memorias? ¿O como aquel otro singular que relata Schopenhauer en su Ciencia Oculta? El escéptico autor de El mundo como voluntad y como representación tuvo un sueño en que se dió cuenta cabal de que estaba en su escritorio redactando unas páginas de un libro que preparaba; un momento después vió que el tintero se le regaba sobre la cubierta, derramándose el líquido en el piso. A la mañana siguiente sentóse, en efecto, a trabajar, y se le volcó el tintero en la forma prevista. El hecho así, habría sido fácilmente explicable. Pero después llegó un animal de cabellos

largos, una humilde señora que le hacía el servicio de casa, y dió un grito de sorpresa al ver el tintero regado: ¡había tenido ella! también el mismo sueño de Schopenhauer! Fuera del estiramiento filosófico en que estamos, y además de las consecuencias que se derivan de semejante suceso, les cuento a ustedes que me sorprendió, por otros motivos, semejante afinidad espiritual del misógino con su criada.

Yo mismo, sin ser Goethe ni Schopenhauer, soné en febrero de 1924 que salía, en Escasú, C. R., a un paseo mañanero con un señor tenorio y melómano de nacimiento, cosas inseparables, y que, enfrente de una tapia nos había sorprendido un temblor fortísimo que la desgajó por entero: vi caer las tejas y sentí moverse la tierra con una claridad muy poco deseable. Conté el sueño a otras personas. A los veintidos días, en la mañana del cuatro de marzo, se desataron violentas conmociones terráqueas en todo el país. Me levanté más temprano de lo que acostumbro, e hice por la población un viaje de reconocimiento de daños causados, con aquel mismo señor que sabe complementar tan bien la música con la plástica; y, cuando estuvimos al frente de una tapia rota, con las tejas caídas, recordé, de golpe, el paisaje que había soñado, porque era exacto a éste.

Cada uno recuerde sus propios casos, y punto y aparte.

Acaso los ocultistas tengan razón de creer en la conservación de todo, en un plano que tiene su eti48 . M. Vincensi

queta nominal precisa entre ellos. Sólo que ese plano no está alejado, como un camarín: no sabría decir si ese plano somos nosotros mismos, en regiones propias, cuya grandeza desconocemos.

*

Existe en el hombre, pues, un sentido inédito que palpa los objetos que se proyectan en el tiempo, en el pasado y en el porvenir. El hombre ha de asomar un día toda la cabeza por esa ventana.

*

¿A qué construcciones, fantásticas para nosotros, se aplicará el conocimiento profundo de la geometría del porvenir? ¿O no hay nada más que construir en el mundo? ¿Todo lo tienen ya, como quería Spengler, acaparado los europeos y los asiáticos en sus mismos tipos de inteligencia? ¿Y la América prestará a la tierra nuevas fuerzas civilizadoras en nombre de las nuevas razas que forja el padre Sol en sus inmensos territorios?

*

Así como la geometría, todas las ciencias y las filosofías y las artes tienen enormes veneros inéditos de riqueza. A nosotros nos toca la gran labor generalizadora; encontrar y plantear problemas efectivos a nuestras razas; nos corresponden las vastas generalizaciones, los trabajos de cantidad, de extensión en

todos los ramos. Dentro de un siglo podrán nuestros nietos empezar a dar productos monográficos de calidad insuperable, propios de una orfebrería no sospechada por otros pueblos.

Pero la confianza fatal, que va colmando a la joven América, prepara a sus hombres para que sean capaces de sentirse a sí mismos, lejos de la época desastrosa de los plagiarios.

Yo, por mi parte, siento que ya existe en el mundo una América libertada.

ENSAYO SOBRE LA ORIGINALIDAD

Allerton , which or broken woman, by all the times

and the second of the second of the second of

principal of the outcome, but it is a supervised for the party had

frifally. In some any or open to man, and otherwise, an

La originalidad es la verdadera fuente de la gloria. Jamás el afán vicioso de parecer extraños e incomprensibles-

11 NA de las fórmulas más pretensiosas del criticismo actual: todo está dicho; la originalidad no existe.

A cualquiera podría parecerle, sin embargo, la manifestación de humildad más completa del mundo. Y lo hemos dicho, es todo lo contrario. ¿Pues no equivale a afirmar que el hombre ha sido capaz de decir cuanto en el infinito es susceptible de determinación idiomática? ¿El hombre, que es un ser minúsculo y efímero ante la infinita grandeza total del Kosmos? ¿No es dignificarlo en extremo?

Hablando numéricamente es fácil demostrar casi todo lo contrario: poco se ha expresado; y es menos difícil, para un espírilu iniciado en el arranque de la creación personal, ser original que no serlo.

Aquí la demostración matemática: determinemos lo conocido por el hombre con la letra F, es decir, con la inicial de finito; y lo que le falta al espíritu humano por conocer, quiero expresar, lo que está fuéra de ese finito ya conocido, con la inicial I, que indica infinito. Lo conocido y, por tanto, no original, es F, y lo desconocido y susceptible de originalidad es I.

54 M. Vincensi

La primera fórmula: todo está conocido, en consecuencia, es un disparate matemático. F) I. Finito mayor que infinito.

Pero quienes han formulado semejante afirmación dirán que al proponerla no han supuesto, en primer término, como lo exige mi demostración, la finitud de los conocimientos adquiridos. Y ello entraña un segundo disparate reductible a las siguientes palabras: lo conocido por el hombre es infinito.

¿En qué se queda con tales ideólogos?

El acto de mi demostración anterior sintetizado así: es menos difícil ser original que no serlo, suponiendo que se está en la necesidad del ejercicio espirilual, entraña una profunda revolución en los dominios del intelecto.

Con la otra fórmula: todo está dicho; la originalidad no existe, los intelectuales han encontrado un pretexto inmoral para holgarse en los campos de una insigne pereza. ¿No resulta más cómodo vestir los viejos conocimientos con frases modernas, y adquirir, así, el renombre y la fama?

Pero si se demuestra que es más difícil copiar y plagiar que ser original, la pereza misma los atraerá a la verdadera creación personal; esto es, un acto de inmoralidad los ha cautivado.

Casi nadie, hasta estos precisos momentos, se preocupa de la verdadera y sana originalidad; esta es la época de los grandes plagiarios. Por ello mi fórmula supone una profunda revolución, un gran retorno.

No hablamos a la juventud de América de una originalidad rebuscada e insincera; de aquella que demanda esfuerzos de desequilibrio interior por el mero prurito de falsa distinción. Es la originalidad genuina, la que sorprende sin miedo a los sentimientos nuevos y las ideas nuevas, los propios estados del alma. ¡Qué inmensa cantidad de ideas, de sentimientos personalísimos que despreciamos a cada instante porque no tienen la forma o manera de entrar en catálogos oficiales! ¡Y cómo despreciamos nuestra propia alma, olvidando sus más intimas funciones, que son las que nos caracterizan precisamente entre todos los habitantes del mundo!

Y se trata, no de originalidades mediocres, sino de estados vitales de la inteligencia, capaces de reconstituir ideologías de pueblos enteros, las que llevamos en nosotros mismos, independientemente de escuelas y culturas gastadas a fuerza de prestigios y de años... ¿Quién contemplará un crepúsculo en la medida exacta que exige un orden catalogado de ideas estéticas?

Pero entonces, jóvenes americanos, se preguntara: ¿Qué oficio podrán tener en una entidad tan original la cultura y los mundos explerados por otros? Es sen56 M. Vincenzi

cillo: lo que nos viene de afuera no obrará en nosotros con propósitos de identificación. Es fuerza que al relacionarse con nosotros crea un estado interno novísimo de la psiquis, que es el que los plagiarios de la civilización contemporánea desfiguran por el ideal de nivelación idéntica.

Repito, jóvenes, la novedad nuestra es cosa sorprendente que se revela tan luego como practicamos con cierta audacia emancipadora el vacío en torno de nuestra legítima personalidad interior. Y no importa que lo de afuera trate de imponérsenos con el afán de identificarnos a ajenos estados. No importa, pues su contacto será el pretexto legítimo de una nueva creación: tal es la fecundidad infinita del mundo.

*

Hemos hablado de estados novísimos de cada espíritu. Es suficiente hacer pocas experiencias para probar la inmensa novedad que con relación a los libros, por ejemplo, tiene cualquiera estado nuestro.

Póngase el lector en posición horizontal y relaje sus músculos. Trate de ser muy sincero consigo mismo y procure el vacío físico y mental en torno suyo. Procúrelo con fuerza y evite las asociaciones vulgares de ideas y sentimientos, que se distinguen por su mecanicidad monótona. Concéntrese profundamente en el desco de encontrar algo que no tenga mayor relación con la cultura adquirida; algo que, aunque sea confuso, despierte interés. Y no le tenga miedo a lo nuevo, a lo exótico, a lo muy íntimo...

Sentirá, al cabo de pocos momentos, lo inusitado, la presencia de un mundo novísimo de contemplación que no habría sospechado nunca en el aprendizaje oficial de clásicos y modernos.

Si tuviera el practicante una cámara fotográfica capaz de imprimir el paisaje libre que su interior contempla, podría estar seguro que ninguna fotografía análoga se presentaría idéntica, bajo un examen microscópico, a su paisaje interior.

Y entonces ¿por qué esta terquedad en manifestar que todo no hace más, en la civilización, que repetir lo antiguo?

La experiencia anterior resulta un tanto aparatosa para el caso presente. No es indispensable acostarse para descubrir la novedad en el alma. Inclinaos sobre una flor y en sus colores y su perfume encontraréis un estado tan nuevo, como jamás lo soñásteis leyendo los mejores versos de los poetas bucólicos... Y sin embargo es un instante de contemplación y de experiencia el que os descubre tan nuevos, tan originales.

Se entiende, por supuesto, que la contemplación interior, fina e inteligente, no es cosa para que todo el mundo esté en disposición de encontrársela, por más que la originalidad es propiedad absoluta de todos los seres.

M. Vincensi

Hay intelectuales que son originales a pesar suyo y sin que lo sospechen. En tal forma se impone la naturaleza diferencial del Kosmos. Pero han perdido el fecundo deseo de originalidad que es el signo imperativo del ser.

Queda por establecer el género de relaciones que hemos de cultivar con el mundo externo, si se persiste en afirmar una originalidad extrema. Cierto que hay, sobre todas las particularidades, un mundo común que frecuentan todos los individuos. Pero, no salta a la vista que ese mundo común es asimilable de infinitas maneras? Ningún pasajero vuelve a pasar jamás la senda que ha hollado un momento antes. El camino, la tierra firme, es un río que fluye y se transforma de continuo. Y el hombre, río que fluye también, nunca pudo ajustar a la huella que dejó, su pie, en transformación perenne.

¿No habría en estas diferencias orgánicas y estas diferencias del medio ambiente, pregunto de nuevo, multitud de sensaciones e ideas inexploradas?

Tampoco es posible afirmar, en analogía con las doctrinas de nuestros grandes plagiarios, que el mundo mismo no podrá pasar por nuevas etapas o nuevos estados evolutivos. ¿Habrá quien niegue lo contrario? Sí, lectores: el mundo imaginado es originalísimo,

a pesar de atribuírsele la monotonía inalterable de una gran cantidad de leyes, cuya esencia se desconoce, universalmente hablando, por entero.

Las piedras de la calle siempre están listas a darnos una estupenda lección de originalidad...

¿Pues hay algo más monótono, y más variable, a un tiempo, que las nubes? ¿Han cantado alguna vez las ondas del río la misma canción?

Poetas americanos: el murmullo de las aguas y los vientos jamás os inspirará las mismas estrofas... De niños los escucháis de un modo, y ya de hombres los escucháis, por más que os parezcan iguales y que os sintáis iguales a vosotros mismos, de un modo distinto, extrañamente distinto... Y persistís siendo o queriendo ser plagiarios, con diferentes facultades y diferentes instrumentos, en un medio tornadizo como las aguas, como los vientos, como las nubes...

Sed originales sin afectación. No os costará encontrar un nuevo metro, una nueva cadencia. Y pasaréis en vuestro propio ser, sobre las otras doctrinas, como en una barca sobre las variables ondas de un lago.

¿Y qué podríamos decir a los hombres de ciencia? Una sola y virtuosísima palabra: Edison.

Los plagiarios de la filosofía son los verdaderos sofistas del plagio, los más responsables. ¿Puede desconocer un filósofo, que sabe o debe de saber hasta qué

60 M. Vincenzi

punto es imposible encontrar la identidad, puede desconocer, repito, que siempre habrá verdades nuevas para los estados nuevos del hombre, para los tiempos nuevos que conquista la historia? Y, sin embargo, en esos precisos momentos no hay un solo Edison de la filosofía, en todo el mundo.

Y parece que en Europa también cunde el mismo decadentismo en la filosofía. ¿A dónde viven el Kant o el Nietzsche modernos? ¿Quiénes que hayan sido originales tan intensamente?

Así y todo, no comprender, después de un minucioso y atrevido examen, que esta época es de plagiarios, es cosa que se explicará el hombre del porvenir. No inculpemos, expliquemos. ¿Que no ha existido razón de llegar a una conclusión semejante de renunciamiento de la personalidad? Bien. ¿Y qué se podrá esperar del afán desmesurado de erudición, hijo del cansancio histórico que provocaron tantísimos nuevos sistemas, tantísimos descubrimientos, tantísimas invenciones? Fué tanto lo nuevo y tan brillante, que se hizo necesario el plagio, por un movimiento extraño de sinceridad en la admiración. Fácil es plagiar lo que se ama, lo que se admira.

*

Pero después de hablar de la originalidad en sus relaciones con la época presente, jóvenes de Nuestra América, hace necesario tratar de los remedios para tantos defectos.

Veamos un plan: 1.º, el yo; 2.º, el medio ambiente. Por yo no debemos entender exclusivamente algo único e invariable: el yo es multiplicidad y basta que los más intransigentes espiritualistas hayan aceptado la evolución de las almas, para que se vean forzados a aceptar, por consecuencia matemática, el cambio de las mismas, esto es, la multiplicidad de las mismas. Donde se acepta el progreso se afirma lo múltiple. Esto no será un secreto para aquellas personas que han trajinado el campo de las especulaciones trascendentales.

Y, el medio ambiente mucho menos es único e invariable. Su multiplicidad no exige demostración.

*

Si el yo es múltiple y susceptible de evolución, en cambio se puede sostener que las fuerzas que acumula en su crecimiento progresivo, son elementos sustraídos del medio ambiente. Pero sustraer no es conservar en un mismo estado la cosa sustraída: es asimilarla y darle un sentido nuevo. Y esta novedad caracteriza precisamente la originalidad personal que

62 M. Vincensi

puede ser poco más o menos consciente, poco o más o menos inconsciente.

*

Ahora bien: un peligro está en creer que las influencias exteriores son incapaces de traernos el mensaje de un sentido nuevo. Precioso mensaje nunca bien ponderado por la admiración humana. ¿Y qué proviene de tal escepticismo, tan rudamente dogmático en la época presente? El renunciamiento de la personalidad íntima; el desprecio a las ideas y sensaciones propias; la cobardía de pensar; el miedo de emprender la conquista espiritual; el terror para las sorpresas interiores y exteriores, que se presentan a cada instante en la vida; la reserva; la falsedad; y, finalmente, el propio desequilibrio de nuestra más íntima y pujante naturaleza, que intenta romper los frenos estultos de la humildad contemporánea.

*

Mucho habríamos de decir en capítulos aparte de cada uno de los peligros enumerados, si no hubiéramos publicado nuestra Crítica trascendental. En este libro el autocrítico encontrará, en diversas formas, el deseo pormenorizado y constante de conservación de la personalidad, o, lo que es lo mismo, la defensa de la originalidad y la independencia del hombre. Sólo sí quisiéramos hacer hincapié sobre la humildad entendida en la forma vulgar del vocablo. Si las más hermosas flores hablaran y se les preguntase qué

idea tendrían de sí, contestarían humildemente, en frases de admiración para sus colores y sus fragancias... ¿Orgullo, vanidad? Se espantarían de que las supusiésemos orgullosas, mejor, vanidosas, cuando nadie estaría en aptitud de negar sus propias naturalezas, que exigen imperativamente la verdad en la fragancia misma de sus coloras, en la armonía misma de sus bellezas efectivas e incontrastables. Y creyéndose tal cual son ¿no estarían más cerca de sus personalidades? ¿No serían más capaces de la originalidad que [aquellos humildes de profesión que niegan lo que creen cobardemente de sí mismos?

Esta humildad que todo lo da por hecho en el mundo, es la negación más rotunda del espíritu de empresa y de la personalidad humana. Y hace mayores estragos que este otro vicio de la egolatría, creador de fantasmas y molinos de viento.

Hay que lanzar un grito, jóvenes de América, contra esta falsa e imperdonable humildad que es el semillero más fecundo de ciertas mentiras íntimas y universales de la época.

Y ¿no habíamos dicho al principio que la fórmula: todo está expresado; la originalidad no existe, es de una aparente y abstracta humildad de cuyas virtudes se sirven los grandes plagiarios contemporáneos para holgar el espíritu en la pereza y el hastío y el robo?

Plagiarios: vais a otros países a buscar o a adquirir, en cualquier forma más o menos decente, lo que está en el subsuelo de nuestra propia patria y de nuestra propia alma.

Para finalizar jióvenes intelectuales de la Américal. os digo: confío profundamente en vosotros. Así, tal está la mayoría de vosotros, sois más dignos de que se espere de vuestras manos la gran liberación del Continente. Así, pobres y luchadores, luchadores contra la opresión de la autoridad clásica de eruditos sin propósito visible y concreto en la vida. Luchadores contra este medio catequizado cinco veces por Europa, hastiada de fama y de ruinas. Así, afanosos autodidactas, discípulos probos y rebeldes; maestros precoces de la libertad espiritual naciente. Hidalgos sin títulos, caballeros sin castillos, poetas sin criminales desvios, políticos sin infamantes diplomacias. Respetuosos, pero dominantes; humildes, pero conscientes de sí mismos; serenos en la paz y bravos en la pelea. Deseosos de los más altos triunfos a que pueda aspirar el hombre en la tierra. Así os quiero en este día augusto: profundamente fuertes, profundamente originales.

METODO PARA SER ORIGINAL

Dedico esta parte del presente estudio al eminente critico hispano-americano Fed. Garcia Godoy, en reconocimiento por la dedicatoria de su interesante artículo "Dinamismo Vital".

como no hay ciencia que no esté en camino, no existe ciencia que no vaya encarrilada sobre un método. En camino de un propósito, más o menos amplio, más o menos particular, más o menos difuso, más o menos concreto. Pero nunca fuera de camino. Y qué se puede hacer sin un camino? Nada, poco menos que nada, estar de pie buscando con la mirada la senda propia para el primer paso...

Ya he explicado, en mi mensaje dirigido a las juventudes de Nuestra América, a quienes no quiero dejar de dirigirme en este ensayo, cómo la naturaleza y el hombre son, cada momento que transcurre, un tanto originales, un tanto nuevos, un mucho indepen-

66 M. Vincensi

dientes y un todo distintos en sus partes múltiples y, nunca idénticas. Mas, ¿supondrá semejante explicación que esa originalidad rehusa ir en camino? No, de ninguna manera. Y es que lo nuevo, el sentido nuevo del mundo objetivo y el mundo subjetivo, conserva, dentro de todas las sorpresas que guarde al investigador original, algo preestablecido que es, precisamente, el nexo ideológico y experimental que siempre existirá entre los recursos conocidos y en ejercicio, y el tesoro de esas sorpresas. Así, es propio a nuestros deseos hablar de lo que en ese nexo de funciones ; materia necesaria es, de modo casi exclusivo, el método de la originalidad.

*

Hé aquí los puntos principales de conexión abstracta, y no menos real, que existen entre el mundo conocido y la posible novedad por venir: en primer término, el ser; en segundo lugar, tiempo y espacio; en tercer lugar, lo inteligente y lo inteligible; después, retentividad y conciencia; luego, emotividad e ideación. Esto, como término fijo que puede determinar el hombré con el recurso de sus modernas capacidades y sus modernos conocimientos. Es seguro, absolutamente seguro, que hay un infinito número de conexiones del mismo género, entre lo conocido y lo no conocido, por más que no estén al preciso alcance de nuestra especulación y experimentación. ¿Y no aparecen, las ya indicadas, como el terreno suficiente sobre el cual debemos de pretender abrir un camino, es decir, un método, tal cual se abre una senda sobre una montaña virgen y excepcionalmente abrupta?

Orientémonos: dentro de esas amplisimas conexiones hemos de figurar al individuo propuesto a la ardua conquista de la originalidad, en sus principales facultades: como ser reflexivo y como ser emotivo. El primero es terreno mayormente transitado. Los libros de lógica no son otra cosa que los resúmenes de grandisimos esfuerzos realizados con el objeto de conocer las leves de reflexión, fuera de toda emotividad, hasta donde ha sido posible. Y de aquí el hecho de ser más conocedores de esas leves, tanto más cuanto menos se conocen las leves que determinan la función de los sentimientos. ¿No podríamos llegar al conocimiento de lo que en las emociones figura, en analogía con los fenómenos de la lógica, el silogismo, la inducción, la deducción, el análisis y la síntesis? Sí, por cierto. Y es en extremo sorprendente que exista tan inmenso retraso en la materia. Los orientales, los ocultistas, trabajadores afanosos en el campo del sentimiento y de la voluntad, apenas conocen empíricamente las leves de esta mitad de la psicología simbolizada en el corazón humano.

Es preciso, es urgente investigar en estas aguas profundas. Intentemos, jóvenes americanos, concretar las leyes de una nueva lógica: la lógica extraordinaria del corazón. Campo inexplorado, campo desconocido, cuyos secretos nos traerán la alegría incomparable de ser eminentemente originales.

Sabedores de que el método para adquirir el dominio de la originalidad ha de trabajar, en cierta forma prevista, dentro de las conexiones del presente con el porvenir, y, a base de *ideas, sentimientos* y voliciones, entremos, por separado, en el estudio sinóptico de sus tres aspectos.

El conocimiento de la lógica se ha circunscrito a las leyes, exclusivamente, de las ideas. Y apenas se ha pensado, con la búsqueda de las funciones lógicas, en un método que no admite sino sorpresas que justifiquen los principios establecidos del raciocinio. Es decir que la lógica, en esta forma, obra como entidad de perfección absoluta y mecánica. Así y todo, naturalmente, el margen de progreso a favor de los lógicos dogmáticos, que son y han sido siempre los más, se reduce a un mínimum de ambiente comparable al que le queda para volar a un cóndor detrás de unas rejas de museo provinciano, pero es suficiente para las demandas del progreso diario. Y esto que la misma evolución diaria es hija en un altísimo porcentaje, de las casualidades experimentales, de este y de aquel otro impulso del genio, que rompe las rejas y salta, de un impulso de alas, sobre las nubes de las cordilleras, en su alocada ansiedad del vuelo propio y libre.

Después de estudiar los grandes tratados de lógica, queda profunda la impresión, en mi espíritu de rebeldía, de haber visto las más herméticas y aceradas jaulas de un museo de fieras clásicas y, no es de sobra decirlo, de fantoches clásicos...

Sabidisimas son las particularidades ordinarias de inducción, deducción, síntesis, análisis, particularización, generalización y cuantos métodos inquisitivos enumeran las lógicas, los museos de fantoches. - Y no se crea que se habla de estos museos con absoluto desprecio.-Pero nunca, que yo sepa, se ha dado la regla o el precepto de tomar sus funciones como inferiores a una posible y monumental sorpresa que en algún punto puede llegar a inutilizarlos, o, a apartarlos, simplemente. De aqui sacamos, para nuestro método de originalidad, un voto de prudencia trascendental: ningún campo del espíritu se dará por agotado e inservible porque la inducción, la deducción, la síntesis, el análisis, la particularización, no den el resultado que se esperaba, conforme a los recursos lógicos conocidos. Y estaotra regla, consecuencia del tal precepto indicado: agotados los recursos ordinarios de la lógica - y la psicologia-es preciso pensar en una posible reforma de los mismos, que puede consistir en agregar, en sustraer, en flexibilizar, en combinar sus reglas, o en cualquiera otra. novedad por el estilo.

¿Qué sabemos, jóvenes de América, si hace faltaen ocasiones tan apuradas, a la idea, un poco de sentimiento, o a la regla, como el aceite para las máquinas? ¿Qué sabemos si es de necesidad palpar nuevas verdades fuera de sentimientos, de voliciones y de ideas? ¿Qué sabemos de ello? Mi método exige, pues, para el hombre que desea la originalidad, fuente 70 . M. Vincensi

de la verdadera gloria, sospechar de la eficacia de todos los instrumentos lógicos y crear la facultad de invención de nuevas reglas lógicas...

Hé ahí un punto capital de mi método de originalidad.

No hablemos de las condiciones precisas a la formación de esas nuevas reglas y esos nuevos recursos de investigación general. Cuando se cae en un camino sembrado de dificultades, surge, al instante, por expresarlo así, el método necesario a la defensa del cuerpo, hasta el punto de operarse casi verdaderos milagros de agilidad y destreza. No queremos poner lazos de flores y de sedas asiáticas, a la vida libre y sonora de la fontana... Queremos, eso sí, rizar, como los céfiros mañaneros, el encanto libérrimo de las aguas, para tornarlas en música de elocuente murmullo. Así, poetas, sabios y filósofos, con las aguas de vuestros espíritus.

Y sospechando de la eficacia de los recursos lógicos ¿no se proclama que es de absoluta exigencia el conocimiento y la crítica personales de la lógica, antes de vernos en la necesidad de corregirla, aumentarla o flexibilizarla? O en otra forma: ¿no proclamamos muy en alto que es indispensable una profunda cultura, un profundo esfuerzo, un profundo deseo de civilización personal, de autoeducación, para llegar a

naturalizar nuestra propia originalidad en nosotros-

No es justificable mi afán de reforma, mi trascendental audacia, sin que yo mismo dé el ejemplo de científica inconformidad, sin que yo demuestre que he realizado algo parecido a lo que exijo de los otros. Va un ejemplo: la lógica pretende, la lógica oficialmente establecida, que lo generalizado conserva incólume lo particular. De esto dependen crasísimos errores. Cuando se generaliza se crea una entidad nueva y se desprecia, en parte, la realidad realisima del individuo, su realidad concreta. De aquí una nueva fórmula de idealidad lógica:

Si la naturaleza, que es la más vasta generalización, conserva los tipos en su más absoluta circunscripción de la esencia que los constituye y sus infinitos accidentes, la lógica, cuando generaliza, debe aspirar a una análoga conservación de los individuos y sus accidentes. Claro que esto es un ideal que podrá servir en el porvenir para cosas más prácticas, cuyos alcances de novedad desconocemos por ahora. Nada de cuanto sea razonable es inútil o insignificante.

¿Y no se desprende de esa fórmula una nueva sospecha contra las grandes generalizaciones de la ciencia, el arte y la filosofía, contra este mundo hipotético que ha levantado el hombre con los instrumentos fosilizados del lenguaje y su simbología lógica?

M. Vincensi

Otro caso, del cual dependen muchas de mis reflexiones filosóficas de carácter revolucionario.

Para sentar un principio en lógica es preciso extraerlo como una consecuencia directa y clarisima de los hechos. Y sin embargo el principio fundamental del raciocinio no está justificado racionalmente: el principio de contradicción. Parece, a primera vista, esta afirmación, un disparate enorme. Pero expliquemos. Es un hecho incontrovertible en lógica que es necesario ir de lo idéntico a lo idéntico. «La lógica es un cuerpo idéntico a sí mismo». ¿Quién lo niega? Aquí prevalece esta filosofía de la identidad, aceptada por todos, al gusto de todos, o contra el gusto de todos. Luego, afirmo yo, la lógica es una unidad única y pura y simple e indivisible. De lo contrario habría contradicción. Y lo peor, o lo mejor, no sé decirlo, es que la hay, la hay efectivamente, y sin embargo, la lógica-es un hecho contra toda lógica, pero es un hecho-sigue subsistiendo para gusto y utilidad del momento histórico que la sostiene, la explica v la explota.

Ahora apliquemos el principio de identidad, que es un elemento del principio de contradicción, a cualquiera otra entidad del espíritu y resultarán tantas contradicciones como hechos espirituales existen en el hombre.

¿Qué concluiremos de esto? ¿Que el mundo no sirve

porque la lógica consecuente lo descalifica o que la lógica es inútil porque el mundo contradice su doctrina humana, finita y, a fin de cuentas, infinitamente pretensiosa?

Eso lo dejo a la elección de vosotros, jóvenes de América.

Es también necesario agregar un grandísimo argumento contra la fijeza absoluta e invariable del principio de contradicción.

Dios es el único creador, o mejor dicho, el Universo, para ir al día con los ateos. Y crear, en el sentido trascendental de la palabra, es conocer en absoluto el ser creado. ¿Cómo vamos a conocer en absoluto lo que no hemos creado en absoluto? Luego el principio de contradicción que es humano (salvo que sea una revelación, en cuyo caso es exigible se nos explique cómo y cuándo fué revelado) es una hipótesis humana sin comprobación final, que está al servicio de los hombres tal como si fuera creado y conocido en absoluto por los hombres, lo que supone una farsa de proporciones inconmensurables.

Y más, todavía: para conocer un solo hecho del Universo la buena lógica exige el conocimiento total del Universo mismo. ¿Se puede conocer el principio de contradicción?

La lógica que nos ha legado Europa, americanos, es un círculo vicioso sin principio y sin fin, que talvez pueda ser corregido con la originalidad e independencia de Nuestra América.

He hablado ya, en mi Mensaje anterior, con cierta insistencia, sobre el temor, sobre el terror que inspira a los espíritus lo nuevo que implica abandono de ideas o sensaciones adquiridas y que se han tomado siempre por la verdad fija. Ahora, a propósito de mi crítica anterior acerca de la generalización y el principio de contradicción, quiero insistir más sobre este tópico, cuyo conocimiento es fundamento necesario a mi metodología de la originalidad. Entremos al asunto.

- 1.º Las ideas y los sentimientos naturalizados en nuestro espíritu tienden a conservarse por sí mismos y niegan las ideas y sentimientos contrarios, así sean más razonables.
- 2.º Todas las ideas y todos los sentimientos constituyen en nuestro interior un conjunto más o menos armonioso y estable, cuya ruptura implica un gasto de energias y un cambio de costumbres subjetivas.
- 3.º Todo cambio interior es doloroso y equivale a una renunciación del yo.

Bien. Así se comprende cómo temblamos ante la necesidad de elegir entre una idea o sentimiento personales y una idea o sentimiento ajenos a nuestro espíritu. Y se pueden formular las siguientes conclusiones:

- a) En circunstancias iguales siempre se prefiere lo personal en menoscabo de lo nuevo que no ha tenido tiempo de personalizarse.
 - b) En circunstancias desiguales y contrarias se pre-

siere lo personal, con el objeto de no operar una ruptura del yo armonioso anterior.

En la actitud señalada en la primera de estas dos conclusiones hay verdadera razón electiva. En la actitud de la segunda manifiéstase el verdadero egoísmo electivo.

En conocimiento preciso de este capítulo el autodidacta emprenderá un trabajo profundo por hacer la
costumbre subjetiva de preferir la ruptura del yo armonioso existente, en los momentos en que la novedad es
superior a nuestros circulos viciosos interiores. Para esta
empresa, nada sencilla, es necesaria la verdadera audacia del hombre original y su energía peculiar, para imponer al medio lo que se ha impuesto a sí mismo sin
menoscabo de su equilibrio propio. Porque es necesario
repetir hasta la saciedad que no queremos constituir
con nuestro método la pseudo-originalidad, que para
en los gabinetes del alienista. No queremos locos,
queremos hombres nuevos y sinceros, extraordinariamente fuertes y equilibrados.

Existe en el hombre original una tragedia perpetua a base de heroicidad, principalmente cuando se dan los primeros pasos. La tragedia del renunciamiento de lo adquirido y la heroicidad de sustituirlo por lo nuevo y de provocar nuevos y justísimos renunciamientos. Después el renunciamiento se torna en canto, como el de las aguas de estar siempre fijas reflejando el mismo paisaje, que se deshace en can76 M. Vincensi

ciones, al desflorarse en linfas sobre las asperezas de la orilla...

Abandonemos por ahora, jóvenes, cuanto se refiere a la lógica, primer punto del programa a tratar. Cinco o seis reglas creo que son suficientes para iniciar en este campo la creación del método de originalidad lógico. Pronto puede llegar la oportunidad de extenderme de un modo suficientemente circunstanciado en esta interesantísima materia, que debe de atraer la atención de todos vosotros con una enorme y decidida energía. Entremos al sentimiento y, acto seguido, a los fenómenos volitivos.

También la época contemporánea tiene, a pesar de que no existe un tratado de las leyes sentimentales, como lo existe para las ideas - la lógica - un cierto número de cánones despóticos, que los promulgan las escuelas literarias. Exigen, por ejemplo, cierta clase de aposturas que provocan cierto género de sentimientos. El misticismo, vale decirlo, obliga a la humildad religiosa y a la contemplación crepuscular de los atardeceres, principalmente. No sale de los campanarios, no sale de los púlpitos, no sale de la sociedad de monjas y sacerdotes, no sale del purgatorio y de los penitentes... Para esta escuela los montes son granos gigantescos de incienso, las estrellas son las cuentas deshiladas de un infinito rosario. las campánulas de los jardines son copones eucaristicos, hostias los pétalos, oraciones los perfumes, pilas de agua bendita los estanques y murmuraciones diabólicas los murmullos nocturnos de los árboles... No resulta difícil, en verdad, siendo poeta, ser un poeta místico, a puro capricho, fuera de todo movimiento de sinceridad interna y profunda.

*

¿Cómo resolverse, pues, a tomar el propio camino sentimental en el mundo? Pocos de los escritores se han hecho esta formidable pregunta, porque creen que el sentimiento no tiene silogismos, no tiene análisis, no tiene síntesis, no tiene reglas propias, y muy propias, como las tiene en verdad.

Y es este el momento de hablar, de paso, sobre el tan decantado espontanismo en la producción. Para esta escuela de vagabundos literarios las nueve hermanas han de llegar sin que se las llame, así porque sí. Bien que nuestros atractivos naturales podrán llamar la atención de las musas. Mas es preciso enamorarlas y trabajarlas como se trabaja una baratija de porcelana, con la paciencia bíblica de Job, por momentos... Pero basta de paréntesis.

¿Qué clases de reglas nos darán los espíritus reflexivos y sentimentales, para la autoeducación del yo sentimental? ¿Para llegar a conocer esos silogismos tan extraños del sentimiento, de que ya hemos hablado? Antes de contestar esta pregunta, urge manifestarlo, hemos de tratar de una cuestión grave. Si de la lógica se habla con la misma lógica ¿habremos de emplear tan sólo el sentimiento para analizar y conocer el sentimiento? De la contestación a este nuevo problema dependerá nuestra conducta presente.

78 M. Vincenzi

En realidad es natural que esta especie de raciocinio sentimental tenga su conexión y su reflejo directo en el mundo de las ideas y sus leyes investigadoras. También es natural la sentimentalización de las razones ideológicas. Así, pues, se puede hablar o discurrir, en una forma superior a la estrechez arcaica de las lógicas, del sentimiento con las ideas y de las ideas con los sentimientos. Y hay aspectos que sólo así han de tratarse en ambos campos: los que se refieren a los fenómenos mixtos en que entran el mundo sentimental y el mundo ideal; simultáneamente. Claro está que esta obra es exposición ideológica que debemos terminar, sin salirnos, en lo posible, de las ideologías.

Seamos concisos. Demos, en síntesis, acerca de este problema de la metodología de la originalidad sentimental, unas pocas reglas.

- 1.*—Reconocimiento del estado sentimental presente. Examen de nuestra mayor o menor sinceridad electiva, en relación con las escuelas asimiladas. Revisión de nuestra herencia sentimental (familia, nacionalidad y raza).
- 2.º—Desplazamiento interior de toda escuela scntimental adquirida. Examen filosófico de prejuicios sentimentales.
- 3.*—Ejercicios de sentimentalización personal, lejos de toda preocupación metafórica extraña a la elección realmente propia.

- 4.*—Determinación del SENTIDO NUEVO adquirido. Adaptación de nuestra expresión interior y exterior a ese sentido. Cómo se ven los paisajes, por ejemplo, relacionados con los recuerdos personalísimos de nuestras infancias.
- 5.*—Defensa tenaz de nuestro MODO PROPIO, que ha de estar en perpetuo perfeccionamiento, en relación con todos los grandes problemas del mundo. (Sociología, filosofía, arte, religión).
- 6.*—Audacia y serenidad imperturbables para recibir con provecho las SORPRESAS ÍNTEGRAS de nuestros corazones.

¿Y la voluntad? También es necesario querer a nuestro propio modo. En el Viejo Mundo han querido demasiado bajo el poder sugestivo de las escuelas. ¡Pueblo de carneros! Los escultores han llenado de carneros decorativos las plazas públicas y los alojamientos privados. Propongámonos en América, jóvenes, no levantar estátuas sino a aquellos que han querido de verdad sus propias obras... ¡Mejor como último recurso, ser irrespetuosos que ser luminosamente infecundos como vosotros, grandes plagiarios de la época!

No se puede aspirar a la adquisición del sentimiento nuevo, quererlo verdaderamente, sin pronunciar nuestros ejercicios voluntarios por las veredas personalísimas de nuestros modos de ver y de sentir personalísimos.

Querer, querer profundamente lo propio, quererlo

80 M. Vincensi

con la audaciá trágica del hombre alegre y heroico, del hombre franca y llanamente altruista, dará a las pequeñas circunstancias de los actos volitivos matices de una inusitada novedad psicológica. La voluntad no es una misma siempre. Para cado acto reserva una determinación peculiar y definitiva. No es la voluntad una unidad única y absoluta como lo exige el mundo consecuente de la razón: es un todo extraño, indefinible, cuyos dominios apenas empiezan a ser conocidos por el hombre...

MENSAJE A LOS JOVENES YANQUIS

and the second of the second o

Isotro della di

Text was a surface of the same of the same

at Small or he care.

JOVENES intelectuales de los Estados Unidos de Norte América:

Motivo, y muy grande motivo tengo para ocupar esta tribuna de las estrellas americanas. Si no lo soy, quisiera por lo menos ser una fuerza frente a ustedes, fuerza de representación de los jóvenes intelectuales del Sur, para explicar con pleno derecho que el actual momento histórico exige un enorme diálogo de naciones que necesitan comprenderse, fuera de toda vana diplomacia protocolaria, fuera de todos los intereses parcializados de la política, fuera de todo prejuicio social de nuestra civilización decadente; dentro de los afanes humanitarios bien entendidos, dentro de las aspiraciones pacíficas universales, dentro del optimismo trascendental que parece enderezar todos los propósitos íntimos y externos del hombre.

Por ello la motivación ha de ser histórica, real, objetiva si se quiere, económica si ustedes lo exigen, utilitaria si lo demandan y, espiritual si a ustedes se les ocurre, como a Emerson, como a Whitman, como a Poe, como a James, que la ideología y la voluntad y el sentimiento son fuerzas tan concretas y más con-

cretas que las energías que despeña la catarata del Niágara.

Los habitantes del Sur, repartidos en veinte frag-

mentos de nacionalidad, sufren la presión política y económica de esta inmensa República. Y, para combatir las causas y los efectos de esta influencia depresiva, se han sucedido tres períodos de defensa social de nuestros pueblos: el primero, el inconsciente, el reflejo, el propio de los instintos primitivos de la conservación propia. Nuestros países se sienten maévolamente influidos por la expansión territorial y económica de los Estados Unidos del Norte; no se organizan para defenderse: apenas sienten el mal; ni siquiera lo interpretan sus grandes hombres, alucinalos por la literatura francesa, que todo lo inunda en sus comienzos. Entonces los Estados Unidos del Norte recen a expensas de México, y nuestras tendencias polivarianas de engrandecimiento se olvidan: ya se ha lesmembrado la Gran Colombia. Se definen los caacteres utilitarios de los políticos que cristalizan las pequeñas nacionalidades, para transformarlas en feudos le carácter antiguo, para explotarlos, para matarlos on el vicio, con la ambición, con la esclavitud, con a guerra civil, con los atentados internacionales en ue entran Chile, Uruguay, Paraguay, Perú, Brasilan nuestro como si fuese de habla hispánica-, Ecualor, Colombia, todos estos países. Todavía se piensa n los grillos españoles; todavía, en las guerras de a independencia política; todavía, en los conquistaores y, en los indios insurrectos; todavía, en posibles

América española una cadena de la cual tiran todos los países civilizados y todas las ideas. No ha existido más que un poder organizador: el de los genios de la independencia.

Los Estados Unidos del Norte crecen, se armonizan, se agigantan. Y viene el segundo período con la cristalización de la Doctrina de Monroe: la América para los americanos...

El segundo período desvirtúa la Doctrina de Monroe, la desvirtúa y la corrompe. El capital norteamericano impone una política mercantilista, que no vela por los intereses de la República, sino por los del oro. Los gobiernos de este inmenso país son un producto del capitalismo, de la burguesía norteamericana, que realiza una gran invasión económica en los pueblos del Sur. Estos, entretenidos en la política interior, en las infinitas y bárbaras revoluciones civiles, se dividen, se desorientan, se entregan a la influencia del capital nórdico, por intermedio de los gobiernos que ha creado y mantenido en su egoismo burgués. Se deja el instinto defensivo de la época anterior, y los escritores despiertan y enriquecen las actifudes v las aptitudes orgánicas de defensa, en sonoras proclamas, en gritos épicos, en vociferaciones violentas contra los Estados Unidos del Norte de la América. La proclama se vulgariza, aunque nos hace conscientes de nuestras responsabilidades políticas. Y pasa de la protesta oportuna a la acción de teatro, que destiñe y derrumba la fe, el valor, la responsabilidad misma.

Los gobiernos de los Estados Unidos no hacen caso

de la proclama: se tornan de solapados enemigos en cínicos salteadores de soberanías. La proclama muere. Quedan las otras proclamas, las de Rodó, las de Montalvo, las de Rufino Blanco-Fombona, las de Ugarte y muchas más. Y, aún las mismas anticipadas en el primer período, por boca de Simón, el Libertador.

Llega el tercer périodo: el de la gente que no grita, pero que piensa, que aconseja, que prevee sin profetizar, sin teatralizar sus temores intimos, de una intimidad patriótica que nos conquistará después una verdadera beligerancia enfrente del imperialismo yanqui. Esta es mi época, jóvenes norteamericanos.

¿Es justo que ustedes se sientan heridos por el desarrollo progresivo y violento que representan estos tres períodos de vida política de nuestros pueblos? A pesar de nuestra lógica histórica, hemos de proponer más de una enmienda a nuestra conducta, antes de señalar los grandes errores de la política norteamericana. Si en la primera época de defensa todo es instintivo, en cambio todo es sincero; si en la época de la proclama todo es ideológico y tendencioso, en cambio, todo es excesivo, variado, incondicional, retórico, incontenido y aparateso.

Pero el reactivo llega: Edwards Bello dibuja el ambiente de Chile y lo esculpe con el verismo pintoresco que chilla a los ojos literarios de la tradición parisina. Es el Chile vivo que sufre y que sangra, el Chile lleno de riquezas que apenas alcanzan la altura de sus propios vicios y de sus propios dolores. Y Tristán Marof, narrando los episodios de nuestra civili-

ásperos que revelan cómo es de amarga nuestra verdad social: «El general sudamericano»; «La sensualidad en la América Latina»; «El sistema económico de la América Latina»; «El pleito del Pacífico»; «La aristocracia chilena»; «Chile está derrotado por la lógica y su poca importancia económica», etc.

La reacción empieza a acentuarse: pronto llegaráa excederse. Entiendo, jóvenes norteamericanos, que nuestras miserias tienen sus relativas miserias en la patria de ustedes; y por ello no ganaremos mucho acentuando la reacción hasta el exceso. Nuestros defectos son los defectos de todo el orbe civilizado: hijos somos de Europa, como ustedes, y el hijo del tigre nace con el cuero rayado, por influjo hereditario de las razas. Qué diremos de la Guerra Europea si la comparamos con nuestras revoluciones civiles? Sumando los muertos de todas las revoluciones nuestras. no se alcanza a los veinte millones de muertos que produjo la Guerra entre los países más civilizados del mundo. Salvajes ellos y salvajes nosotros: en lo moral los habitantes de París y de Nueva York usan los mismos taparrabos que los guerrilleros de la América española. Y talvez nos superen en el refinamiento y complejidad de sus vicios: por eso son más civilizados que nosotros.

Este axioma de proporciones universales es el que me ha traído aquí, para invitarlos a ustedes a pensar, no propiamente en los problemas aislados de un Continente, sino, en los problemas generales del hombre. Porque nuestra esperanza está echando raíces en una nueva y más profunda concepción de la vida, que nos

88 M. Vincenzi

aguza el oído y nos quiebra para siempre el espejo ahumado de los horizontes modernos.

Pero ¿vamos a seguir gritando proclamas contra el imperialismo yanqui, cuyas censuras se extienden, por grosera equivocación, al gran pueblo norteamericano, que sufre como nosotros los excesos del orden capitalista contemporáneo? ¿Podemos los habitantes del Sur vivir del elogio de nuestras virtudes raciales más características? ¿No estamos llenos de vicios universales, sellados con la etiqueta latino-indígena? ¿O no somos capaces de abandonar nuestras bravatas soldadescas y caudillescas, para llamar la atención de los habitantes de la América entera, sobre los intereses generales del mundo?

¿O es que a nosotros no nos interesa la suerte de los europeos, de los africanos, de los asiáticos y los australianos, lo mismo que la suerte del Nuevo Mundo? El desequilibrio político de Europa ¿no tambalea las finanzas de los otros continentes? Y el desorden social del Asia ¿no es un fenómeno que resuena en nuestros intereses más sencillos? ¿Olvidamos, acaso, la capilaridad científica que se opera en todos los órdenes de la vida, en un siglo en que las comunicaciones nos unen a todos los habitantes del planeta cara a cara, como si nos banqueteásemos todos en una misma mesa, dentro de un mismo recinto?

Pero, jóvenes intelectuales de habla inglesa ¿no les parece a ustedes que la derrota alemana es el descalabro de todos los imperialismos? ¿Para qué sirve, entonces, la Historia, si olvidamos sus enseñanzas más cercanas? Y, en caso de no aprovechar esta lección dolorosamente objetiva ¿hemos de esperar que se repita en los Estados Unidos de Norte América, para que el descalabro repercuta en los espíritus y en los estómagos de los dos mil millones de habitantes de la tierra? Qué estamos haciendo los jóvenes intelectuales de toda la tierra, que no nos unimos en el estudio de los nuevos panoramas históricos de nuestro universo? ¿O queremos quebrar la careta imperialista alemana para reforzar la inglesa? ¿Y hacer estallar la inglesa para esculpir a cañonazos otra nueva careta, tan frágil como las anteriores, tan deleznable como los otras? ¿Pues no sabemos ya que ahora sólo mueren de muerte natural los pueblos espirituales que viven al margen de las guerras colonizantes, y que son los otros, los países militares y agresivos los que perecen atravesados por la propia bayoneta que esgrimen?

Hablar así, jovenes intelectuales del Norte, es un acto del pensamiento que me obliga a dilatar el arco de observación hacia todos los problemas sociales del mundo, suprimiendo detalles que abarcan nacionalidades enteras.

La Humanidad vive de dos grandes sentidos de la Naturaleza: el material y el espiritual. Ambos paralelos o correlativos. Las leyes materiales someten 90 M. Vincenzí

a todo el planeta a un movimiento de equilibrio evolutivo, cuyas reformas, cuyos descubrimientos, cuyos simples cambios de estado, resuenan en todos los países. Así, en el sentido psicológico de nuestra naturaleza humana. Dos grandes mapas pueden trazarse, por consiguiente: el material y el psicológico. El primero subordinado al segundo, por sus orientaciones, por sus mismos aparentes caprichos. He allí dos mapas espontáneos, sujetos a la fenomenología providencial de las épocas y no al mero capricho de los jefes de Estado. Las naciones, por lo tanto, constituyen un conjunto de vasos comunicantes cuyo estado perfecto sería el equilibrio económico y espiritual de todas. Cualquiera alteración en cualquiera de los vasos, rompe el equilibrio del conjunto. Si Alemania se militariza demasiado, los otros estados logran, tarde o temprano, someterla. La reacción hace crecer el nivel de los otros países en proporción relativa al descenso alemán: viene luego el equilibrio en un balanceo cadencioso, pero seguro y rápido. En consecuencia, la aspiración suprema ha de ser el democratizante equilibrio de las nacionalidades, que es el resorte secreto de todas las luchas, de todos los choques, de todos los desequilibrios históricos contemporáneos. Unos vasos son más anchos que otros, pero la naturaleza exige una misma altura para todos... Dejemos los vasos comunicantes: una flauta hecha de diversos cabos de caña hueca forman una escala completa de sonidos. El valor musical del cabo másgrande es idéntico al valor musical de los cabos menores. Eso mismo son las naciones: vasos comunicantes o flautas que soplan las épocas con mayor o menor acierto en el afán de producir cantos gloriosos.

Esa teoría es más humana, porque es más universal. El egoísmo nacionalista es un inmenso peligro para el país que lo desenvuelve y para los otros países.

Y lo más curioso de los fenómenos espirituales y materiales del equilibrio mundial es que estamos capacitados para observar sus exigencias, sus necesidades más inmediatas. Para esto cada circunstancia hace crecer sus hombres. Descubierta la América, el mapa material y espiritual se complementó o se preparó, más bien, a complementarse. En lo ideológico el mundo anda renco, porque la América no produce todavía su nota complementaria. Es posible señalar esta deficiencia ideológica del planeta, aislando las manifestaciones intelectuales del Viejo Mundo. En medio del orientalismo y el occidentalismo filosóficos existe un espacio vacío que es necesario llenar: una concepción práctico-complementaria de la vida. Colón llenó con un continente material ese espacio vacío. Los pensadores americanos deberemos encontrar, de un modo categórico, el continente espiritual que nos falta. Pero yo pregunto ahora: ¿esta será una obra exclusiva de las razas del Sur o de las razas del Norte de la América? Veamos la historia de los otros continentes espirituales del Viejo Mundo, ¿Es hijo el occidentalismo filosófico de una sola nación, o de una sola raza europea? ¿O el orientalismo es producto de sólo el Japón, o de sólo la China, o de sólo la India? Cada continente espiritual, como los materiales, ha debido tener sus zonas diversas de producción filosófica como si se tratase de inmensas escalas sinfónicas. hechas para deleite del oído de un dios proteiforme que se complace en escuchar las más complejas músicas de las esferas. Aceptado, entonces, que el destino de nuestro Continente es una carga para todas sus razas, estoy obligado, frente a ustedes, jóvenes de habla inglesa, a demostrarles que se trata de una necesidad de la historia el hecho de ponernos de acuerdo para explicarnos en conjuntos ese destino y para elaborar en conjunto la obra colosal que demanda de nuestros brazos, con provecho de la América y con provecho del mundo entero. Pero antes, ióvenes americanos, me veo precisado a decir quiénes somos nosotros y quiénes son ustedes: así distribuiremos el trabajo en esta inmensa fábrica de nuestras naciones. tal como corresponda al resultado del análisis etnológico que se realice.

¿Quiénes somos nosotros, los habitantes del Sur de la América? Constituimos veinte fragmentos de una poderosa nacionalidad de ochenta millones de almas, de una raza hecha de contrastes como dijo José Vasconcelos en su conferencia pronunciada en Viena sobre El nacionalismo en la América Latina (1) Territorios grandiosos en recursos naturales y con una extensión de veinte y tres millones de k²: ¡Más de

⁽¹⁾ Aprovecho la oportunidad para agradecerle en público al Lic. Vasconcelos la dedicatoria de esta interesantisima couferencia.—M. V.

dos veces el territorio de los Estados Unidos del Norte! Nos constituye un sesenta por ciento de raza europea; casi todo el resto es de raza indigena, de cuva grandeza espiritual se descubren cada vez mavores testimonios en las ruinas antiquísimas de los mayas, de los aztecas, de los incas... Y es mayor la proporción de raza negra existente en los Estados Unidos del Norte. Obtuvimos la independencia territorial cincuenta años después de haberla conquistado ustedes. Poscemos veneros inexhaustos de cultura heredada; pero al mismo tiempo padecemos de una general ignorancia y de una completa ausencia de planes constructivos, como lo afirmó Vasconcelos en Viena. Púdiendo estar unidos como ustedes, estamos separados en veinte países, de tercero, de cuarto, de quinto y sexto orden. Las revoluciones provocadas por intereses mezquinos de nuestros politiquillos, son tantas, que en Honduras, por ejemplo, hubo un período de tres meses en que estallaba una cada tres días. En Centro América, excepción hecha de Costa Rica, la paz es un síntoma extraño de anormalidad política. Nicaragua la conservó todo el tiempo en que estuvo domeñada por el imperialismo nórdico. Mas en el Sur, hay paz cuando los gobiernos tienen fuerza suficiente para imponerla, excepción considerada de tres o cuatro repúblicas. Nuestros gobiernos hacen cotidiano ejercicio del bandalaje y del robo y de la impudicia y del servilismo internacional. Gobiernos atrasadísimos, cuyos presidentes recuerdan a los hacendados de salvajes latifundios donde los esclavos juegan, como niños, al derecho y a la justicia, a las elecciones popu94 M. Vincensi

lares y a las guerras patrióticas, dejándose sangrar por los generales y estafar por los abogados. Es una gran mentira social nuestra el afirmar que vivimos realizando los principios de la democracia: nos gobiernan latifundistas ladrones, capitalistas improvisados y salteadores analfabetos de los cuarteles y de las arcas nacionales. Las excepciones son tan pocas que no vale la pena mencionarlas. ¡El Gobierno de los peores, en nuestra América del Sur! ¡Los mejores les han abandonado el campo! ¡Se van para Europa y se descastan en proporciones que alarman! No van, por cierto, a jurar en el Monte Aventino que independizarán espiritualmente los pueblos de habla española. Si se hacen diplomáticos, menosprecian a los países que representan; si escritores, muy pocos son los que continúan peleando por la grandeza americana como lo hace Blanco-Fombona en Francia, en España, como si estuviese respirando nuestro aire y como si sus ojos estuviesen llenos de nuestros paisajes amazónicos y su corazón palpitase al lado de los nuestros. Esto es: los mejores huyen y los peores nos gobiernan... Entre tanto, otros velan por la suerte, precaria en beneficios, de nuestros pueblos. Entre esos estoy yo.

Queremos éstos, en lo posible, la unidad de la educación y la enseñanza en nuestras repúblicas de origen ibérico: la unidad en nuestra economía, destruyendo fronteras y aduanas; troquelando una misma moneda para todos y una misma diplomacia defensiva de nuestros derechos materiales y espirituales, para todos; haciendo producir un arte autóctono y perfectamente caracterizado; liberándonos de la influencia

francesa y norteamericana... Y una misma actitud en frente de todos los imperialismos políticos de la época. Es más, todavía: deseamos resolver los conflictos sociales del siglo, respondiendo a sus exigencias económicas. Y entendemos que el capitalismo debe, por lo menos, moderar sus conquistas si quiere vivir en una paz relativa en esta parte del siglo XX que nos resta. Pero, sobre todo, ansiamos la paz del mundo en la unión fatal y final de todos los pueblos... Estas tendencias están representadas por los hombres más grandes de las generaciones actuales y por la mayoría de la juventud estudiantil de la América Latina. José Vasconcelos es el apóstol: miles de jóvenes, los soldados de su doctrina. Gabriela Mistral, la admirable escritora chilena, ha declarado que las juventudes de la América española son vasconcelistas para siempre: la maestra dice verdad; y esa verdad es un canto de progreso espiritual y material para estos fragmentos de nacionalidad desgajada; un canto de soñadores que preparan la política del porvenir por la educación del presente; y que cincelan y colman los ideales de ahora, por las virtudes y las grandezas de los batalladores antiguos. Por ellos estoy en esta tribuna, frente a ustedes: tratando de interpretar el pensamiento de las repúblicas del Sur, en este diálogo colosal que deseamos abrir entre ellas y los Estados Unidos del Norte, de un modo sincero, de un modo profundo y confidencial, que represente los primeros instantes de una camaradería que se ha hecho esperar durante un siglo de absurda separación de las Américas, por culpa del capitalismo contemporáneo.

M. Vincensi

Mas chan colmado ustedes todas las medidas de una verdadera civilización superior, dentro de la aparente solidez económica que consolida a estos Estados Unidos, en su vida social? ¿Es una raza una la que puebla sus territorios? ¿Es un arte propio el de sus intelectuales? ¿Han conseguido ustedes el máximum de producción científica y filosófica, en relación con la riqueza adquirida y con el número de sus habitantes? Tiene un color, un sabor y un peso propio, el ambiente que ustedes respiran en lo espiritual y en lo material? Respetan o han respetado ustedes a las nacionalidades hermanas, para ajustar la política a verdaderas normas de una economía ética y estética? ¿Corren parejas con los adelantos materiales de ustedes, los estéticos, los éticos, los filosóficos y los científicos, vistas estas materias desde el plano de contemplación evangélica en que siempre coloca la historia a los pueblos que subordina a sus leyes?

Estas preguntas son el espejo en que los vemos reflejarse a ustedes, en la observación que liquida los valores últimos de las nacionalidades.

Las forzosas respuestas regativas ponen a los Estados Unidos de Norte América, si no a la altura de las Repúblicas del Sur, por lo menos sí a sus alcances, en lo relativo a las culpas que estamos obligados a repartirnos entre ustedes y nosotros, en ademán confiado y fraterno, porque somos pasaieros de un mis-

prano, frente a las exigencias de otros continentes que nos asechan a izquierda y a derecha del mundo...

Bien: nos unen, en cierto aspecto, nuestros origenes raciales; nos unen muchas virtudes comunes; nos unen nuestras culpas: la grandeza material que a ustedes los desmoraliza y la pequeñez económica que a nosotros nos acobarda. Nos unen el paisaje y la tierra. Pero estos nexos son pequeños si pensamos en la necesidad que tiene la América toda de ser el receptáculo de una ideología complementaria de la del Viejo Mundo. Y si se agrega a esto la urgencia de pensar en la creación de un nuevo equilibrio político, que contenga a cada civilización en su propio continente, la fraternidad de las dos Américas viene siendo un imperativo histórico, que hemos ignorado hasta ahora tanto nosotros como ustedes.

Estas palabras exigen una explicación concisa y práctica, para que ustedes justifiquen mi ansiedad de que empiece el gran diálogo fraternal entre las dos Américas, entre estos dos costados del continente que boga en las aguas complementarias del porvenir del mundo: el Norte y el Sur.

El pasado, el presente y el porvenir: he aquí los temas que han de ser amistosamente examinados y debatidos, si se quiere, entre las dos Américas. La

98 M. Vincenzi

del Sur reconoce sus vicios, pero clama por el derecho de su autonomía, atropellado por el capitalismo norteamericano en México, en Santo Domingo, en Panamá, en Nicaragua, en Cuba, v. de un modo más disimulado, pero continuo, en los otros países de habla española. El capitalismo del norte, apoyado por gobiernos que han sido su representación más fiel, ha influido en la vida moral de estos pueblos provocando revoluciones, asesinatos colectivos que no justifica ninguna razón comercial; apoyando horribles tiranías, a cambio de la explotación de la riqueza natural de los territorios influidos. Y no satisfecho el capitalismo de los Estados Unidos del Norte con estos crimenes, fabrica películas que ridiculizan nuestras instituciones y propagan el desprecio más repugnante por nuestras mujeres, por nuestra sociedad, por nuestra vida privada y pública. Es decir: nos han explotado y nos han humillado, en presencia de todos los pueblos de la tierra.

El mal ha sido un producto que se reparten hoy las dos Américas: el odio que han inspirado contra estos Estados Unidos, entre nosotros no tiene límites. La reacción es proporcional al crimen cometido por una simple minoría norteamericana. En cambio, la América española extiende la culpa a todos los habitantes del Norte; y es cierto que pertenece a una tradición política establecida y organizada en sus actos históricos, por unos pocos ambiciosos que desconocen la ley del equilibrio compensativo; ley que explicó maravillosamente el mismo Emerson en inmortales ensayos de filosofía práctica. Este es el pasado, hasta

el ingreso de Mr. Calvin Coolidge en el Capitolio de Washington. Coolidge parece un avanzado en materias políticas, que está realizando un interesantísimo papel de transición entre el pasado abominable y el presente que se aprovecha de las consecuencias históricas de la Gran Guerra. Ha empezado a cambiar de táctica diplomática, con una lentitud que nos impacienta, pero con un grandioso reconocimiento de ciertas verdades que pueden llegar a salvar a los Estados Unidos del Norte de una hecatombe. La lentitud de sus actos se explica: la tradición imperialista del capitalismo sin escrúpulos éticos, envuelve al mandatario en una humareda gris de intereses particulares. Pero Coolidge logra la desocupación militar de Nicaragua y su política anuncia otros actos análogos de justicia internacional: Coolidge es, en esta forma, un magnifico intérprete de la Filosofía de la Historia... Y no sé por qué no ha alcanzado a normalizar sus relaciones con México, de manera absoluta. México desempeñará un papel peligrosísimo en la Guerra del Pacífico, que parecen anunciar detrás de los biombos misteriosos de Oriente, los artifices de esta sangrienta epopeya continental. Aquí termina el presente: con la cabeza olímpica de Calvin Coolidge tallada en mármol nuevo y levantada orgullosamente sobre el porvenir bonancible de todas las razas de América. (1)

⁽¹⁾ Este desdichado elogio se hizo antes de la intervención de los Estados Unidos, en los últimos sucesos de Nicaragua. Y en desconocimiento del tratado mezquino que esos Estados han querido imponerle a Panamá.—M. V.

Está demostrado en este Mensaje, jóvenes intelectuales de habla inglesa, que el porvenir de América se ha de desenvolver, cumpliendo un propósito histórico gigantesco: el de la complementación material y espiritual del Occidente y del Oriente.

Tócame demostrar que el militarismo de las grandes potencias haría fracasar la política norteamericana, si no se realiza un acercamiento entre ustedes y nosotros. Ustedes no pueden y no deben confiar en las promesas europeas de alianza contra los países asiáticos que amenazan con el dominio comercial del Pacifico. Inglaterra no ve con serenidad el desarrollo material de ustedes; Francia, tampoco; Alemania, menos. . . ; Pueden los Estados Unidos del Norte confiar en sus camaradas obligados de ayer? ¿No están celosos de su grandeza comercial y militar? ¿No aprovecharán la primera oportunidad para repetir la amarga lección alemana? Entonces ¿querrán ustedes alejar del corazón las razas del Sur de la América, los únicos posibles aliados lógicos que ustedes deberían conquistar en el mundo?

Jóvenes intelectuales: si la guerra del Pacífico llega a realizarse sin la cooperación espiritual y material del Sur, la desintegración política de los Estados Unidos del Norte será una consecuencia de la conducta imprudente de estos Estados, que habrían querido hacer de estos pueblos los enemigos más peligrosos de su futura autonomía.

Las consecuencias de este descalabro serían también desastrosas para el mundo y desastrosas para nosotros, porque con la derrota de ustedes la América se transformaría en un mercado asiático de esclavos americanos, frente a la demanda civilizada y nomenos canibalesca de Europa. ¿No están por lo tanto, obligados ustedes, y, no estamos obligados a trabajar, con todo el vigor posible, porque se realice el lema sapientísimo de América para las razas de América? ¿No les daríamos un gran ejemplo a los otros continentes para que se unificasen también en un solo propósito de adelanto colectivo?

El dilema es este: o ustedes cambian de táctica diplomática con nosotros, como parece quererlo Calvin Coolidge, o el descalabro de la América entera será un hecho consumado después de la Guerra del Pacífico. ¿No es, pues, una obligación patriótica de todos nosotros, la de hacernos fuertes frente a este peligro? Y ¿no se retardaría o desaparecería esta guerra espantosa, si Europa descubre con el Asia, que los políticos de América saben lo que están haciendo para dominar sus propies destinos?

El beneficio de un acercamiento fraternal entre las dos Américas alcanza a todas las naciones de la tierra. Tenemos en nuestras manos la posibilidad de realizar el equilibrio político del mundo, propagando, en el Norte como en el Sur, éstas ideas bellísimas de trascendental economía política. Para eso me he in-

102 M. Vincenzi

corporado hoy en la tribuna de ustedes, jóvenes norteamericanos. Dios proteja la grandeza de las dos Américas, en beneficio directo de la paz del mundo.

*

Estoy convencido, jóvenes intelectuales, que llegará el día en que se comprenda la urgencia de nuestro entendimiento político. Pero hay que adelantarse a posibles desvíos que preparan los rebeldes que piensan como un producto de todos los Estados Unidos, la abominable diplomacia comercial que han proyectado sobre estás zonas dispersas del Continente, en el Sur. Repito, la culpa es del capitalismo imperialista del Norte: no del pueblo americano. Este pueblo, como todos de la tierra, merece el amor evangélico de todos. Y el odio que siembran los imperialistas entre nosotros, no es razón suficiente para que nos alejemos del pueblo norteamericano, magnifico por su trabajo, magnifico por su salud física, excelente por sus reservas de tenacidad y de sano idealismo humanitario que lo constituyen.

Mientras el oro nórdico nos envía sus películas cinematográficas, carentes de belleza y de todo significado moral, en América del Sur se preparan obstáculos contra esas películas indecorosas, torcidas de intención y de origen. Ya se habla de motines en los teatros que comercian con estas cintas en que los protagonistas son bandidos mexicanos y prostitutas del Sur. Se boicoteará la película yanqui que no reuna las condiciones morales y estéticas que se deben al decoro de nuestras

Repúblicas. A nuestros mercados llegará la mercancía sana por sus cuatro costados. Y es la juventud del Sur la que impondrá este control, cuando llegue a desplazar de sus puestos dirigentes a los vejestorios abogadiles, matoniles y militarescos que nos gobiernan como a un hato de esclavos. Hay una fe creciente en esta nueva juventud del Sur, que puede y debe unirse en sus grandes cruzadas civilizadoras, con los jóvenes norteamericanos, para provecho de las dos Américas, para provecho de los hombres, para provecho legítimo de toda la población de la tierra.

*

¿Y en qué forma concreta y eminentemente práctica deberemos unirnos con ustedes, para conseguirlo? Obligando a los industriales del cine a producir la película artística; escribiendo ustedes mismos las tramas cinematográficas, con tendencias sociales que orienten a los pueblos al acercamiento y a la victoria que necesitamos los americanos, en el propósito de imponer la paz al mundo. Haciendo grandes sociedades de propaganda política con esas tendencias. Poniéndonos en contacto intelectual por el periódico, por la revista, por el libro, por la radiola, por el fonógrafo, por el cine. Luchando con nosotros por combatir la música detestable del jazz-band; ennobleciendo la producción musical, en todas sus esferas. Preparándonos en esassociedades, por la conferencia y la simple conversación, para sustituir la moderna idea del nacionalismo egoísta e imperialistà, por el nacionalismo que ha de cristalizar 104 M. Vincensi

los ideales pacíficos y equitativos que hoy promulgan los más connotados pensadores de la época.

Y no se hará esta unión, sin precedentes en la historia del mundo, para conseguir simples finalidades políticas. Podremos y deberemos trabajar en todos los campos de las facultades humanas: en la Ciencia, en el Arte, en la Filosofía... O más bien: realizaremos nuestra política desde todos los puntos de observación de la inteligencia humana, si es verdad que no existe nada que no esté vinculado con todo. Política científica; política estética—la que preconiza José Vasconcelos—; política filosófica. No seremos ni sólo intelectualistas como lo pretendía Kant, ni sólo intuicionistas como lo exige exclusivamente Bergson; ni sólo orientalistas en el sentido exótico de la palabra. El mundo pide una expresión artística y científica y filosófica, que complemente las excelencias espirituales de Europa y las del Asia, con un tercer tipo de expresión: el americano, el autóctono, el del porvenir, el de ustedes y el de nosotros, jóvenes intelectuales norteamericanos.

¿Hará falta un millonario en los Estados Unidos del Norte, que desee fundar una sociedad de estudios de esta índole, con ojos abiertos hacia la unidad política y espiritual de la América? ¿Que tenga sus sucursales en todos los Estados del Norte y en todas las Repúblicas del Sur, para combatir el desmoronamiento comercial que pretende realizar el Asia en el

inmenso escenario del Océano Pacífico, contra los intereses de Norte América? ¿O persistirán los capitalistas de estos Estados Unidos en sus avances imperialistas, en menoscabo de nuestras Repúblicas? ¿O apoyará el gran Presidente Coolidge, dando una muestra singular de videncia de los problemas sociales de fines del siglo, la iniciativa de este sudamericano que desea un cambio total en los procederes políticos de las dos Américas? ¡Quién sabe, jóvenes americanos de habla inglesa! Pero juro, fuera de todo afán teatral y profético—¡tan claro veo los problemas inmediatos de la épocal—que, o cambia toda la América sus procederes políticos con las nuevas generaciones, o a la del Norte le tocará el desmembramiento definitivo, y pasaremos los habitantes del Sur a la categoría de colonos del Asia y de Europa...

INDICE

					PAGINAS
Moisés Vincenzi					III
En el Siglo XXXX	٠.				3
Apuntes para una Geometría del Porvenir	٠.				37
Ensayo sobre la Originalidad	٠.		•		53
Método para ser original			٠,		65
Mensaje a los Jóvenes Yanquis				•	83